
Atrévete a soñar

Atrévete a soñar

Atrévete a soñar

Marina Redondo

a+b= ♡

a+b+C= 💔



@librosonados

Copyright © 2025 Marina Redondo

Corrección, maquetación, diseño de cubiertas: @librosonados

ISBN:

Todos los derechos reservados.

Muchas personas podrán besarte la piel,
pero muy pocas te besarán el alma con tan solo una mirada.
Marina Redondo.

Una persona se convierte en villana,
cuando convierten su corazón en hielo.
Marina Redondo.

A mi madre y a mi hermana por darme alas para soñar.
A mi club de libros soñados, mi segunda familia,
porque sin elles no podría ni tan siquiera soñar.

Protagonistas

En primer lugar, debo decir que todos los personajes tienen un poquito de mí. Pero, en especial, Elísabet. Cuentan mi historia, con una muy libre interpretación de los hechos.

Beatrix: amiga y exnovia de Alex, es la protagonista de esta historia.

Este personaje está inspirado en compañeros de clase que creí que eran mis amigos, hasta que descubrí las sucias puñaladas traperas que me habían clavado por la espalda. Aunque en el libro no hablo abiertamente del bullying, lo he vivido y sufrido durante veinte largos años de mi vida. Por eso pienso que algunas personas que utilizan a otras en su propio beneficio, habitan en ellas dos personas. En mi historia lo exagero haciendo que Bea sea bipolar: con su malicia y suspicacia, intenta resarcirse humillando al más vulnerable. Es importante saberlo para que entendáis su comportamiento. Además, es albina, este tipo de personas al tener la piel blanca son propensas a tener cáncer de piel si les da mucho el sol.

Elísabet: Podría decirse que es mi álter ego, ya que narro mi historia a través de ella. Eli cree en el amor verdadero.

Alex: (apodados ojitos bonitos), el amor de Elísabet y exnovio de Beatrix. Quiere a Bea y Eli, pero de formas distintas.

Personajes secundarios

Will: amigo de la infancia de Beatrix.

Es un chico gay con el que trato de dar visibilidad a través de su personaje y hablar de la homosexualidad como algo natural al igual que la bisexualidad o las personas trans. Nos empeñamos en ponerle etiquetas a todo y si no está bien visto socialmente se debe ocultar; lo que se debería hacer es aceptarlo y respetarlo.

Anne: amiga de Elísabet.

Adrián: coordinador y compañero del campamento.

Diego: Examante de Bea, compañero del campamento.

Manolín: compañero del campamento.

Luna: alumna del campamento.

Sol: alumna del campamento.

Emma: alumna del campamento.

Celia: alumna del campamento.

Elena: alumna del campamento.

Stela: alumna del campamento.

Alicia: compañera de piso de Beatrix.

Jane: la madre de Alex.

Isabel: la abuela de Alex.

Henry: el abuelo de Alex.

Victoria: un personaje cercano a Alex.

Peter: el amor de juventud de Victoria.

Víctor: el guardián del corazón de Elísabet.

Playlist



Cada capítulo del libro es un fragmento de una canción que canté con ojitos bonitos:

♡**Cómo mirarte** - Sebastián Yatra.
♡**Ni regalao** - Paula Koops.
♡**Besos en guerra** - Juanes y Morat.
♡**Lágrimas de sangre** - La gente.
♡**Fénix** - la Reina del Flow.
♡**Tú eres la vida** - Maldita Nerea.
♡**Coincidir** - Macaco.
♡**Cuando nadie ve** - Morat.
♡**Besos en guerra** - Juanes y Morat.

Introito: “La tinta imborrable del ayer” por Raúl Reyes.

Si has abierto este libro, es probable que un eco resuene en tu memoria. El eco de un verano lejano, del sabor agridulce de la libertad y del peso de las primeras decisiones adultas. Es probable que recuerdes a Elísabet y el laberinto en el que se convirtió su corazón bajo el sol de aquel campamento que lo cambió todo. Con *La felicidad lleva inscrito tu nombre*, viajamos juntos a ese territorio sagrado y a la vez convulso que es el primer amor.

Aquel fue un viaje sobre la complejidad de un sentimiento que nos asalta sin previo aviso, una fuerza de la naturaleza que nos enseña que el corazón, en su infinita e ingenua capacidad, puede albergar mundos contradictorios. Exploramos la euforia de lo irrepetible, la sensación de que cada beso, cada roce, cada confesión susurrada en la penumbra de una cabaña, era la primera y la última vez que algo tan puro existiría en el universo. Fue una historia sobre la inocencia y su inevitable colisión con la realidad. Juntos, nos adentramos en la dureza de la madurez, en ese dolor sordo y afilado que acompaña a la pérdida, al desengaño, la traición y a la constatación de que crecer, a menudo, significa aprender a decir adiós.

Muchos de nosotros cerramos la última página con una sensación de finalidad, con la melancolía que dejan las despedidas. La historia de Eli, con su sorprendente y agridulce giro final, parecía un capítulo cerrado, una fotografía en sepia guardada en el cajón de los recuerdos. Un testimonio de lo que fuimos y de lo que, inevitablemente, dejamos atrás.

Pero, ¿y si una fotografía solo capturase un único ángulo de la verdad? ¿Y si un recuerdo, por vívido que sea, estuviese teñido únicamente por la perspectiva de quien lo atesora?

Una historia, como una moneda, siempre tiene dos caras. Y hasta ahora, solo hemos conocido una de ellas.

Marina Redondo nos invita a lanzar de nuevo esa moneda al aire. A regresar a los mismos días, a las mismas noches cargadas de promesas y a los mismos instantes que nos rompieron el corazón. Pero esta vez, la luz es diferente. El foco se desplaza. En *Atrévete a soñar,* no volvemos al pasado para revivirlo, sino para comprenderlo en su totalidad. Esta no es una continuación, sino una revelación. Es la pieza que nos faltaba, la voz que no escuchamos, el dolor que no vimos porque estábamos demasiado ocupados sanando el nuestro.

Desde la primera página, notarás que algo ha cambiado. Marina ha vuelto, pero no es la misma escritora que nos guio por primera vez a través de ese verano. Su pluma ha reposado, ha ganado en peso y en profundidad. Su voz, que ya entonces era prometedora, resuena ahora con una madurez sobrecogedora. Hay una calma en su prosa, una capacidad para ahondar en las emociones más complejas sin necesidad de artificios, que transforma la narración en una experiencia mucho más íntima y visceral. Si en la primera novela sentíamos la urgencia febril de la juventud, aquí sentimos el peso indeleble de las consecuencias.

Esta nueva entrega nos sumerge en los mismos hechos, sí, pero el reflejo que nos devuelve el espejo es completamente nuevo. Es aquí donde la verdadera magia de Marina como narradora se despliega en todo su esplendor. Nos obligará a cuestionar nuestras certezas, a dudar de nuestros juicios pasados. Quizás aquel personaje por el que sentiste una afinidad inmediata te revele ahora sus sombras, sus egoísmos y sus miedos más profundos. Y, a la inversa, es posible que aquel otro al que condenaste sin piedad se muestre ante ti con una vulnerabilidad tan desgarradora que te veas obligado a ofrecerle tu compasión, a entender que su historia, su dolor, también era válido.

Prepárate para sentirte dividido. Prepárate para cambiar de bando, para debatir contigo mismo y para descubrir que en los laberintos del amor y la pérdida, no existen los héroes ni los villanos, solo seres humanos intentando, con torpeza, encontrar su camino. *Atrévete a soñar* es una historia sobre las cicatrices. Sobre cómo las decisiones, tanto las nuestras como las de los demás, dejan una marca permanente en nosotros, una tinta imborrable que moldea quiénes somos. Ya no se trata de buscar la felicidad como un destino, sino de entender cómo el recuerdo, el amor y el dolor se inscriben en nuestra propia piel, convirtiéndose en parte de nuestro mapa vital.

Te encuentras ante una novela emocionalmente evolucionada, valiente en su concepción y exquisita en su ejecución. Una historia que te atrapará con la fuerza de un reencuentro inesperado y te recordará que nunca conocemos del todo una historia hasta que hemos escuchado todas sus voces.

Así que respira hondo. Vuelve a ese verano. El escenario es familiar, pero la obra que estás a punto de presenciar te descubrirá una verdad que ha estado esperando, paciente, al otro lado del recuerdo. La moneda está en el aire. ¿Qué cara mostrará esta vez?

Prólogo

Voy a esperarte.
Cuando se ama de verdad, no existe el tiempo.
Y te juro que no es el final del cuento.

El destino no nos puede separar.

8 de septiembre de 2009

Eli se está despertando...

—¿Qué día es hoy?

—Cielo, llevas cinco días en coma. Cogiste la moto después del concierto y te estrellaste.

—¿Así que todo era un sueño? ¿Entonces Bea no está muerta?

—¡Qué va a estar muerta, si ha venido a verte!

Sus ojos se cerraron.



Capítulo 1

Ni regalao

Bea

¡Pero bueno! ¿Tanto me odias que tuviste que acabar con mi personaje al final de la trama? ¡Serás zorra! ¡Ah, ya sé! Es por envidia, porque yo me quedé con él.

No te preocupes, que tus queridos lectores van a saber lo que ocurrió en realidad. Déjame que cuente mi versión de lo que pasó en verdad.

Maléfica era un ser lleno de luz, alegría y amor hasta que le rompieron el corazón. Y yo soy la viva imagen de ella.

4 de julio de 2009

De repente, todo mi mundo se desvanece al ver a Alex abrazado a otra chica. Con esos ojos de enamorado. Esa mirada me taladra el corazón. Me quedo clavada en el sitio, no puedo respirar... siento que me falta el aire, noto cómo si mi cuerpo se hubiera paralizado. ¿Quién es ella? ¿Y por qué tiene esas confianzas con mi chico? Bueno, mi ex... aunque para mí, siempre será mío. En ese preciso instante, burbujean de nuevo mis inseguridades para instaurarse en mi mente. Yo no quiero compartirlo con otra; por temor a que esa otra me aparte de su vida de un plumazo. Cuando siento que me estoy ahogando en un mar de inseguridades, Alex me mira y me devuelve a la realidad. Yo me lanzo a sus brazos y le intento besar en la boca, pero él gira su rostro rápidamente, leyéndome la mente, y solo consigo rozar con mis labios su mejilla.

—¿Qué te pasa? Ni que hubieras visto un fantasma, estás pálida, tía.

—¿Tú conoces a esa chica que hablaba antes contigo, Alex?

—¿Quién? La monitora del equipo verde. —Me lo dice con una mirada tan pícara como su sonrisa.

Siento que me arde la cara. Tanto que parece que voy a echar humo por las orejas.

—Sí, esa misma.

Me quedo observándola detenidamente.

Al recogerse el pelo tras la oreja, deja ver esos ojos almendrados, tan puros y fascinantes, con la luz del sol, son tan verdes como la hoja del olivo. Nunca he visto unos ojos tan bonitos. Son como dos planetas llenos de luz. Nada podía ser tan bello.

De repente siento un hormigueo dentro de mi cuerpo que nunca antes he sentido y siento como los latidos de mi corazón empiezan a acelerarse. A su lado me siento como el patito feo, siendo ella un cisne deslumbrante que irradia belleza con solo mirarlo. Hasta a mí me parece el ser más bonito del planeta.

—Bea, despierta. ¿Estás en Marte o qué? Como no empieces a caminar, perderemos al grupo de vista.

Me sacudo la cabeza, negándome a mí misma que pueda sentir algo por una mujer. Si he estado toda mi vida enamorada de Alex.

Reacciono al instante y veo cómo Alex me mira inquieto, con los brazos cruzados, expectante por saber qué ha pasado para que yo me quede tan obnubilada.

—Venga, no podemos distanciarnos del grupo.

Y yo no soy muy buena orientándome para saber volver al campamento. Ninguno de los dos pronuncia una sola palabra más. Aceleramos la marcha y enseguida estamos con el resto del grupo. No deben de haberse dado cuenta de nuestro retraso, o eso pienso hasta tropezarme con ella.

—Perdona, no te he visto.

Ella me mira como si yo fuera una adorable niña a la que se le ha caído su helado al tropezar con ella.

—Perdóname tú a mí, me he dejado llevar por mis pensamientos, acelerando la marcha.

Alex nos mira raro a las dos, como si se hubiera creado una atmósfera envolvente entre las dos y nada más existiese. Alex carraspea para llamar la atención de la chica y le coloca el pelo detrás de la oreja con mucha ternura.

—Hasta que paremos a almorzar tendré un ojo puesto en ti. Te noto distinta, muy pálida y un poco distante. ¿No has desayunado bastante para lo que se nos viene encima?

—Tranquilo, he desayunado huevos revueltos con champiñones, igual que el resto, así que tendré energía suficiente para todo el día. Hasta podría correr una maratón.

—Así me gusta, esa es la actitud. Bueno, sabiendo que estás bien, seguiré encabezando mi grupo. Cualquier cosa, no dudes en avisarme.

Le deja un tierno beso en la mejilla y se marcha, mientras mi corazón y mi cuerpo se detienen al ver la complicidad entre ellos.



Capítulo 2

¿Quién te dijo esa mentira? Que eras fácil de olvidar

4 de julio de 2009

Nos asentamos en un llano despejado. Como único paisaje, un conjunto de álamos y helechos dispuestos de tal forma que formaban un manto de copas que nos refugiaría de la llovizna. Los coordinadores juntan todo lo necesario para hacer una hoguera. En este lugar refresca a partir de las seis de la tarde y la humedad se te mete en los huesos. Cada monitor debe relevar a otro para mantener la hoguera vigilada y que no se apague hasta que los niños se despierten a la mañana siguiente.

No sé qué me pasa, no puedo apartar la vista de esa chica. La miro mientras busca un sitio con musgo para que haga de colchón, aunque sea frío y húmedo, cerquita de donde haríamos la hoguera.

Me sitúo cerca de ella, detrás de una arboleda, para observarla. Tengo sentimientos encontrados hacia ella: una mezcla de odio y rabia por la complicidad que tiene con Alex y, por otro lado, siento ternura y unas ganas irrefrenables de abrazarla.

Preparo mi rinconcito para pernoctar mientras Will ayuda a los niños; en estos momentos no tengo cabeza para tratar con nadie, solo quiero tumbarme en mi hamaca y verla sonreír mientras se enreda con la tienda de campaña. Me he situado en el árbol más próximo para poderla escuchar.

—Este rinconcito, entre los dos árboles, es perfecto para acampar.

—¿Aquí acamparemos durante todo el fin de semana? —preguntó Emma.

—Me da a mí que sí. Animaos, chicas; haremos de este sitio nuestro refugio.

Sol y Luna se disponen a hacer una alacena entre el hueco de dos rocas, el sitio más fresco para almacenar la fruta y las latas. Emma, Stela, Celia y Elena se aprovisionan de forraje para hacer un colchón donde instalar los sacos de dormir y aislar la humedad del suelo. Aunque el musgo es blandito, transmite el frío del suelo.

De repente, un ruido nos sobresalta. Uno de los coordinadores silba fuertemente para llamar la atención de todos y así reunirnos en torno a un círculo de piedras donde haremos la hoguera.

—Este es un buen sitio donde acampar, ya que las copas de los árboles hacen de paraguas ante la lluvia, pero si hay tormenta debemos suspender la escapada y regresar al campamento. Hemos traído víveres para dos días, pero debemos buscar un manantial o arroyo que nos abastezca de agua. Para ello haremos dos partidas con la mitad de los monitores por parejas.

Un monitor de cada color deberá partir y el otro preparar la comida y perimetrar la zona con un círculo, sirviéndose de ramas o piedras, a una distancia de veinte metros desde la hoguera. Nadie, salvo los que parten en busca de algún afluente de agua y repito, nadie salvo ellos, podrá salir de la zona del perímetro de la acampada. Podéis terminar lo que estabais haciendo y poneros con la tarea encomendada. Ánimo.

En ese momento veo cómo la joven mira sonriente a Alex y, sin mediar palabra, se dirigen juntos en busca de la bendita agua. Después de alejarse lo suficiente para que nadie los vea, ella se acerca más a él y le planta un fuerte beso en la mejilla. Intento escuchar lo que dicen, no porque sea una chismosa, que va, solo me embarga la curiosidad de saber si esos dos son amigos o algo más, y mi instinto nunca falla, me da que esos dos están liados.

—Te veo mejor.

—Sí, bueno, ya sabes que madrugar no es lo mío. Siempre me vence el sueño a partir de las diez de la noche y me encanta remolonear hasta las ocho de la mañana, calentita en la cama.

—Y que lo digas, bebé.

No puedo dejar de mirarlos; si tuviera poderes, les lanzaría un rayo fulminante con mi mirada.

—Si hay algo que te preocupe, puedes decírmelo. Lo sabes.

—A decir verdad, sí que hay algo que me ronda en la cabeza desde que vi cómo te saludaba esa chica esta mañana.

—¿Quién, Beatrix?

Me pellizco en el brazo: vale, no estoy alucinando, acaban de mencionar mi nombre. ¿Qué coño pasa conmigo? Intento agudizar más el oído.

—No sé su nombre, pero debe ser ella, ya que solo somos tres monitoras en todo el campamento.

—No tienes de qué preocuparte. Beatrix es solo una vieja amiga, no somos nada más. Parece mi hermanita pequeña, siempre saltando sobre mi espalda cada vez que me ve. Lo que pasa es que hay mucha confianza entre nosotros; la conozco desde que vino como campista por primera vez, con ocho años.

¿Este de qué va? ¿Me está llamando infantil?

—Cómo te saludó tan cariñosamente y con tanta efusividad…

Otra vez esa sensación de ahogo se apodera de mí. Alex la besa: no es un beso cualquiera, es un beso como Dios manda, apasionado. En ese preciso instante siento como si una puñalada atravesara mi corazón y me dejara sin respiración. Me quiero morir. Necesito a un bombero buenorro, que me empotre... quiero decir... que me reanime.

—Estoy contigo y es lo único que importa. No te negaré que tuve algo con ella, pero de eso ya ha llovido bastante. Con ella fue con quien no solo di mi primer beso…

Bueno, al menos ha reconocido que tuvimos algo, aunque por lo que veo para mí fue más significativo.

—¿Perdiste la virginidad con ella? —Lo interrumpe.

Esta no se entera de nada. Y va y me deja por ella. Pongo los ojos en blanco.

—Sí, pero ella no quiso nada más; solo disfrutar libremente de nuestros cuerpos, sin exclusividad ni compromiso. Le propuse ser amantes y compañeros de viaje. Ella aceptó y lo selló con un apasionado beso, pero con el tiempo me fui dando cuenta de que nuestra relación era exclusivamente sexual. No viajamos a ninguna parte. Así que me fui distanciando de ella hasta que solo nos escribíamos para saber el uno del otro. Como buenos amigos.

Yo flipo en colores. ¿Qué cojones está diciendo este? Menudo capullo; siento que me ahogo con sus palabras. ¿Cómo puede pensar que solo le quería para un puto polvo? Si su madre no se hubiera entrometido en nuestra relación, ahora mismo estaríamos viviendo juntos. Joder, me dan ganas de ir allí y gritarle que todo es culpa de su madre.

—Para mí, tú eres perfecta, sin el 90 – 60 – 90. Te prefiero a ti que a diez como ella, aunque me tomen por loco.

Veo cómo la parejita se abraza y a mí me dan ganas de vomitar. Dios, dame paciencia porque, os juro que la lío; me da igual si me llaman loca. Pero me están entrando unas ganas irrefrenables, no os imagináis cuánto, de arrojarlos y que los buitres no dejen ni rastro. Bea, cálmate o te volverán a encerrar en el puto internado mental. En fin, qué injusta es la vida.

—Aunque no me apetece moverme de tu lado, debemos seguir buscando el arroyo —le sugiere a Alex.

Mira qué caballeroso, que hasta le tiende la mano para ayudarla a levantarse.

Les sigo, oculta entre las sombras, mientras recorren unos kilómetros más de la zona acordonada, cuando tropiezo con Diego. Mierda, me ha pillado espiándoles y me tira del brazo para salir a la luz. Cuando iba a recriminarme que no está bien espiar a los demás, mis ojos se encuentran con los de ella. Qué ganas tengo de liquidarla; no tengo ninguna intención de matarla, solo de quitarla de en medio. Esos dos no van a volver a estar juntos, aunque sea lo último que haga. La tensión se palpa en el aire. Le dedico la sonrisa más falsa de la historia a Diego para que me suelte.

Al liberarme, me acerco a Alex y, de un brinco, rodeo su cuello con los brazos y le planto un sonoro beso en la mejilla, para joderla. Y pensaréis: pero si él es el que te ha lastimado y no ella. Pero a él le quiero y por ella no siento nada, así que, para separarlos, no hay nada mejor que ir a por ella. ¿Cómo? Pues muy simple: dándole celos, haciéndola creer que lo que hay entre Alex y yo es la conexión más fuerte que ha existido; y, como bien dicen, la venganza se sirve en platos fríos. Esto solo acaba de comenzar.

—Cuánto me alegro de veros — le digo irónicamente al girarme hacia ella—. Hola, soy Beatrix, encantada. Me puedes llamar Bea o Beatrix, como más te guste. Él es Diego.

Diego le tiende la mano. Al menos me he librado por los pelos de que me delate.

—¿Habéis tenido suerte encontrando el oasis?

—Todavía no, pero juraría haber escuchado el repicar del agua.

Por un momento dudo si lo ha dicho para salir de aquella situación tan incómoda o si de verdad ha escuchado un indicio de que estamos más cerca de lo que pensamos. A los pocos segundos me doy cuenta de que es la segunda opción. Yo también empiezo a escuchar el repiqueteo de las gotas de agua cayendo.

Poco después, vemos cómo brota de una pared rocosa un chorro de agua. Me abrazo, cómo no, al cuello de él. Al ver cómo ella me mira, celosa, ese abrazo me sabe a gloria.

—¿Tienes cantimplora? Ya que estamos aquí, podríamos aprovechar el viaje y abastecernos.

—Sería una gran idea si hubiera traido. Beatrix, ¿has traído cantimplora?

»¿Este inútil me ve cargando con algo? En serio.

—Yo sí la he traído.

Menos mal que alguien piensa con la cabeza; no quiero morir de sed sin acabar con ellos antes. Aunque, pensándolo bien, no sería un mal final para ellos. Alex posa su mano en el hombro de Diego para que no se sienta mal. Recogemos el agua y ponemos rumbo a la acampada mientras Alex tararea una canción.

Lo que me faltaba: ahora le da por demostrarnos su habilidad como

cantante; no podía permanecer calladito el resto de su existencia. Y la otra se pone roja como un tomate; seguro que por la vergüenza ajena que siente por su noviecito. O les sigo el juego o me van a salir cuernos en la cabeza como a Maléfica.

Al final acabamos gritando a pleno pulmón: «Nos volveremos a ver», de la Raíz.



4 de julio de 2009

Cuando llegamos, le comunicamos al coordinador el paradero del arroyo más próximo. Él nombra a cuatro monitores que deben ir en una partida y a nosotros cuatro, que debemos ir en otra, para abastecernos de agua.

Los dos coordinadores nos enseñan cómo hacer una hoguera, filtrar y hervir el agua del arroyo para hacerla potable y diferenciar entre una raíz hembra y una macho. Ni que fuera Einstein.

Los niños están eufóricos; se sienten tan salvajes como «los niños perdidos del País de Nunca Jamás», del cuento de Peter Pan. Solo les faltan las plumas y los harapos de piel.

"Preparamos" —más bien yo les veo preparar— arroz y, para la cena, sopa con caldo de verduras casero. Los únicos que comen raíces son los coordinadores, que están muy metidos en su papel de supervivientes. Yo prefiero morirme antes que probar esa cosa tan asquerosa.

Por la noche, todos —menos yo— están expectantes por que comience la hora de la hoguera, sentados alrededor.

Me siento al lado de la chica de Alex para fastidiarle un poquito la velada. Acompañada del plasta de Will, que no me deja ni a sol ni a sombra, sé que no se fía ni un pelo de mí ni de mi recuperación. Lo bueno es que no sabe que escapé del sanatorio, al que llaman internado, solo para estar cerca de Alex.

De repente, escuchamos una melodía que quiere llamar nuestra atención. Allí está él, dando el inicio de la velada con su flauta americana entre los labios, en el centro del círculo, cerquita de la hoguera. Esa noche no solo nos deleita con la música de su flauta, sino con su voz, a capela, cantando en inglés.

Le doy un fuerte codazo a la angelical niñita para sacarla de las nubes. Parece ensimismada, la forma en que observa a Alex, no me acaba de gustar, como si lo desnudara con tan solo una mirada.

—Se podría ganar la vida con ello. No veas qué manos tiene: no solo para la música, sino también para la cocina. Podría ser chef. Sin embargo, prefiere dedicarse a la enseñanza y ser profesor.

La muy petarda me mira con cara de asesina. Joder, qué ganas me dan de asesinarla yo primero. Bea, contrólate. La muy insolente, encima va y me responde:

—¿Qué hay de malo en eso? Sería un gran ejemplo para los jóvenes. No solo les enseñaría la materia, sino también los valores de la vida. Es una gran persona y seguro que llegará a ser un gran profesor. Además, yo quiero ser maestra. Lo nuestro es vocacional.

Lo vuestro es... empalagoso. En fin. Me giro, tragándome el orgullo y mis palabras. Y de repente se me ocurre una idea fascinante para separar a esta asquerosa parejita; tanto amor me empalaga. Saco el móvil y grabo el espectáculo... el mismo que pienso dar yo en cuanto salga de aquí. Termina la actuación con estas tres canciones:

«Sing me back home», de Don Williams,

«Folsom Prison Blues», de Johnny Cash, y

«Take Me Home, Country Roads», de John Derver.

Sonrío, orgullosa de mí misma, mientras mi cabecita va urdiendo mi maléfico plan. En mi mente resuena la risa de la villana Maléfica. Qué buena soy. Una sonrisa penetrante en mi nuca me saca de mis viles pensamientos. Veo cómo esa horripilante chica —de la que no me apetece ni mencionar su nombre para no darle más protagonismo del que se merece— mira con incredulidad a Will, y él la sonríe: dos tontos en apuros.

—Pero qué maleducada soy. Él es Will, mi compañero de litera. Somos los dos monitores del equipo azul.

Ella le tiende la mano, y él le corresponde el saludo, levantándose para darle dos tímidos besos.

—Creo que me voy a retirar por esta noche.

—Pero te perderás la hora de contar historias —finjo que me da pena que se vaya tan pronto, cuando realmente estoy deseando perderla de vista.

Claro está, que no se iba a marchar sin hacerme más daño. Alex y ella se lanzan besitos furtivos; se creen que nadie los va a pillar. ¡Qué equivocados están!



5 de julio de 2009

Veo a Will avivar las brasas de la hoguera mientras la indeseable se acerca a su lado. Él la sonríe y charlan animadamente, como si se conocieran de toda la vida.

—Alguien tiene que hacerlo, si no, no podremos desayunar nada caliente.

—Lo que daría por unas crepes y no tanto bol de leche con avena.

—¿Qué te parece si preparamos un desayuno especial esta mañana?

—Suena estupendo —le sonríe.

—Dame un momento para adecentarme y nos ponemos manos a la obra.

—Vale.

Si no fuera porque es gay, pensaría que le gusta. No deja de mirarla. Eso debería incomodarme, pero no me molesta. Al contrario, me encanta la idea. Si consiguiera que salieran juntos, eso pondría fin a mis problemas. Mientras yo pienso en un maléfico plan, ellos siguen charlando.

—No tenemos casi nada para preparar un desayuno típico de aquí: ni huevos, ni mantequilla, ni jamón, ni pastel de frutas, ni bizcocho... Me dan ganas de ir al campamento por todo eso, pero sé de dos personas que no lo verían con buenos ojos.

—¿Y si dejamos el desayuno para después y vamos primero a por agua? Mientras pensamos qué podemos hacer para desayunar aparte de té. Va a ser un desayuno muy pobre.

Por el camino escucho a Will contándole toda su vida: cómo tuvo dos novias que no lo valoraron lo suficiente y buscaron el cariño en otra persona, o cómo con la última relación lo pasó realmente mal. Descubrió su homosexualidad cuando empezó a sentirse atraído por un compañero de voleibol, del equipo del que lo echaron porque "no era lo suficientemente bueno"; no sin antes darle una paliza y llamarlo julandrón, marica y otra serie de barbaridades. No puedo entender que, en pleno siglo XXI, la gente piense que la homosexualidad es una enfermedad que solo se arregla si vas al psicólogo.

La curiosidad puede conmigo y me intento acercar más a ellos, al escucharle decir mi nombre.

—¿Qué tal te llevas con Bea?

—Bea es la leche, creo que dos personas habitan en ella.

Este es imbécil y en su casa no se lo han dicho.

—No me malinterpretes, es solo que tiene dos personalidades. A veces parece una tía dura, muy segura de sí misma, calmada... aunque te pisotearía si hiciera falta para conseguir su objetivo. Intenta demostrar que es la mejor en todo: la más lista y la más guapa. Otras veces, en cambio, es como si se dejara llevar por su niña interior, transformándose en un oso amoroso. Se siente insignificante, con falta de cariño. A veces no sabes cuándo es Bea y cuándo es Trix. Es lo que tiene ser bipolar.

Es lo que tiene ser divertida, y tú un muermo toca pelotas.

—Vamos, que la conoces de hace años.

—Sí, desde los siete. Estaba sola, sin amigos, y me intentaba manipular para que yo tampoco los tuviera y solo estuviera con ella e hiciera lo que quisiera.

—¿Estamos hablando de la misma Beatrix?

—Sí, ese angelito por el que todos se derriten y desean estar con ella.

Al final va a tener razón en algo.

—¿Qué pasó para que dejarais de ser amigos?

—Cuando éramos unos críos, me invitaron a un cumpleaños y ese mismo día me dijo que la acompañase a su casa, que su niñera se había puesto mala, que le tocaba volver sola a casa. Cuando llegamos, nos abrió el ama de llaves y me llevó a su cuarto. Yo me fui a despedir de ella cuando la vi dirigirse hacia la ventana y, sentada en el alféizar, me amenazó con que se suicidaría si iba a la fiesta y la dejaba sola. Afortunadamente, entró el ama de llaves con la merienda en una bandeja que salió disparada por los aires.

»Con la confusión, conseguí cogerla por la cintura y me quedé tirado en el suelo con ella, sin soltarla. Le pedí al ama de llaves que llamase a mi madre y así estuvimos hasta que vinieron nuestras madres. Mi madre se enzarzó con la suya en una discusión porque yo ya le había dicho que Bea no me dejaba hacer otros amigos. Ese día me pasé toda la tarde con ella y, claramente, ya no tenía ganas de ir a ninguna fiesta. No volvimos a dirigirnos la palabra hasta la noche que nos despedimos; cuando vino su padre, los padres de ella pusieron rejas en las ventanas y la internaron en un colegio de monjas. Allí iba a verla un psicólogo infantil especializado en ese tipo de casos. No volví a verla hasta que vine a este campamento.

Debería bastarme con escuchar eso para alejarme y no hacerme más daño. Pero, al igual que un cartel que pone «PELIGRO», que lo lees y piensas «será para alejar a la gente», y de repente te inmiscuyes en lo que no debes… pues esa atracción inconsciente siento y, sin darme cuenta, quiero estar más cerca de ella como las abejas a la miel.

Ellos siguen hablando sin percatarse de mi presencia.

—Si te hizo tanto daño, ¿por qué estás durmiendo con tu enemigo?

—¿Nunca has escuchado "ten a tus amigos cerca, pero más cerca a tus enemigos"?

—¿Has pensado a qué te vas a dedicar? Porque la psicología es tu fuerte.

—Gracias, pero no quiero seguir estudiando. Ya lo he pasado bastante mal entre nervios y angustias con los exámenes finales para sacarme el bachillerato. Me gustaría montar, con mi mejor amigo, Albert, un restaurante de ambiente de terror. Hay uno en Barcelona y nos gustaría montar uno en Madrid antes de que se expandan. Con un carlino como recepcionista, que reciba en la entrada a los huéspedes y los acompañe hasta la sala. El carlino llevaría una capa negra por fuera, forrada de morado por dentro, con sombrero de copa. Y un candil con forma de calavera con asa; así podría ir colgado el asa del candil, de la boca del perro.

Se me salen las lágrimas de la risa que me está dando, no sé si por lo surrealista que me parece o por los ánimos que le da para llevar a cabo esa locura.

—Suena terroríficamente escalofriante. Me parece una idea brutal, absolutamente brillante, pero conmigo no cuentes para que vaya a cenar. No sería capaz de comerme un cerebro, aunque este fuera una tarta de fondant. Y mucho menos servida por un zombi al que se le viesen los sesos o sin ellos.

Will no para de reírse durante un buen rato; al final los tres acabamos en el campamento sin parar de reírnos, claramente ellos a mí no me ven. Aún sigo acechándolos entre los árboles.

—¿Por casualidad no tendrás una hoja y un lápiz?

—No, pero estás en un campamento de supervivencia; aquí puedes transformar cualquier cosa en algo útil.

—Te ha gustado el discursito del coordinador, ¿eh?

—La verdad es que sí. Si lo hubiera contado otra persona, no nos habría cautivado a todos. Ese chico lo vive y lo disfruta con tanta intensidad que nos embargó con sus palabras. Bea me contó anoche en la fogata que no sale con nadie, que tuvo un rollo en primavera, cuando estaba en Madrid. Pero volvió sin nadie; puede que yo tenga quizá alguna oportunidad con él.

Cómo no, tenía que pasarme a mí: en el preciso instante en que bebo de la cantimplora, lo escupo de golpe. ¡Joder, casi me ahogo! Me ha faltado un pelo para que me descubrieran.

Veo como Eli se aleja de allí hecha un basilisco, estoy segura de que es por lo que le ha dicho Will y se cree que ella ha sido solo un rollito de primavera para Alex. Verla tan cabreada me divierte, no dudo en seguirla sin que me vea.

Veo cómo arranca una hoja de gordolobo de una mata, de esa que usaban los romanos para limpiarse. Al llegar a la hoguera, coge una ramita pequeña y la acerca a las brasas carbonizadas para que se impregne de negro y así poder escribir una nota. Lástima que no alcanzo a ver lo que escribe. Mientras, dos niñas se acercan por detrás y le pegan un buen susto; con lo asustadiza que es esta chica, me está haciendo disfrutar de lo lindo.

Al poco tiempo, las niñas se alejan dando saltitos de alegría en dirección a la hoguera, donde está Alex con una lata en la mano. Me acerco con disimulo para averiguar qué están tramando.

—Ay, Sol, nos vamos a quedar sin probar los jugosos melocotones en almíbar por no haber traído un abrelatas.

—Ay, Luna, pobre de nosotras. Hoy solo comeremos un trozo de pan duro. Ay, pobre, pobre de mí; ay, pobre, pobre de ti.

Las dos teatreras cada vez lo decían más y más alto y más cerca de él. Él se gira y les pregunta:

—¿A qué vienen tantos lamentos? ¿No estáis acaso disfrutando de la escapada?

—Sí, claro, es solo que ninguna de las dos nos hemos acordado de traer un abrelatas y nos ruge la tripita. Y no queremos comernos el desayuno improvisado de nuestra Eli. Es una chica maravillosa, pero como cocinera deja mucho que desear.

—Pues yo no doy un duro por ella, como cocinera, claro.

Al coordinador se le empañan de lágrimas sus ojitos avellana, tan verdes e intensos con la luz del sol y tan castaños oscuros como el anochecer. Extiende la mano para coger la lata que sostiene Sol e, inmediatamente, saca su navaja de mil usos. En un abrir y cerrar de ojos abre la lata de melocotones.

Sol y Luna dan saltitos de alegría otra vez, triunfantes. Sol coge la lata y Luna hace como que tropieza sobre el chico para meter rápidamente la nota en su riñonera amarilla.

—Deberías arreglar esa cremallera o lo perderás todo —dice Luna —. Ah, y gracias por la ayuda.

—Eternamente agradecidas —dice Sol sonriente.

Parece que les ha tocado el premio gordo de la Lotería de Navidad. Se alejan de allí con una sonrisa de oreja a oreja, satisfechas por no haber sido descubiertas... o al menos eso creen ellas. Son tan buenas actrices que podrían ser hijas mías.

Al echar mano de su riñonera, Alex piensa que Luna tiene razón; a este paso se le caerán las cosas sin darse cuenta. Precisamente en ese instante se le cae una hoja de gordolobo de la riñonera. Un tanto extrañado, la coge del suelo. Está doblada por la mitad. La abre y lee el contenido de esta. Con una sonrisa, busca con la mirada a las dos niñas y, como un puñal, se me atraviesa la sonrisa que les dedica.

Nos sentamos todos alrededor de la hoguera apagada y cada uno va poniendo sobre una lona negra un alimento, siguiendo la iniciativa de los coordinadores. Entre todos hacemos un festín acompañado de la triste rebanada de pan; hay hasta mermelada y un surtido de frutas y verduras. Todos nos sentimos felices mientras disfrutamos de aquel manjar. El coordinador, con aspecto de leñador, se levanta y selecciona dos grupos: los cazadores, que irían con él, y los recolectores, que irían con Adrián.

Sin mediar palabra, nos dirigimos hacia el río en busca de cangrejos y peces de la zona.

Salto sobre Alex y lo abrazo alrededor del cuello, con ese saludo tan habitual en mí. Podríamos ser la pareja perfecta si ella no se hubiera interpuesto en mi camino. Lo acaricio con un dedo desde la oreja hasta el hombro, recorriendo sinuosamente su cuello con aquella caricia mientras lo miro, devorándolo con la mirada.

—¡Para! Que me haces cosquillas. Ya no somos dos críos.

—Siempre te han gustado mis caricias. Hasta te relajaban.

—Pues ya no, me ponen tenso.

—¿Y un beso?

Le doy un beso en mitad del cuello.

—¡Para! De verdad. O me harás enfadar.

Me aparta bruscamente de su lado.

—Cómo has cambiado, antes te morías por un beso mío.

—La gente cambia; deberías hacer tú lo mismo.

Pongo los morritos con cara de fastidio y giro bruscamente mi pelo para azotarlo con mi cabellera.

—Cielo, tal vez te has pasado siendo tan duro con ella. Quizás ella solo quería hacerte reír —escucho de fondo como le replica Eli.

—Eres demasiado inocente, incluso ingenua. Bea debe madurar y darse cuenta de que esto no es el patio del recreo. Y yo no pienso seguirle el juego —escucho como le contesta Alex, visiblemente enfadado.

Al alejarme, no puedo evitar sentir un vacío en mi interior por su desprecio, y una lágrima helada congela por dentro mi corazón, apagando el poco resquicio de amor que me quedaba. Me siento a pie de un árbol y me giro hace ellos para ver si estoy lo suficientemente lejos de ellos y veo cómo Eli lo mira con los ojos enfurecidos y cómo se acerca hacia mí. Siento una mano en mi hombro que intenta pararme.

—Oye, Bea, ¿te animas a ver quién caza más truchas?

—Dale, nena.

Se hace dos marcas a cada lado de la cara con el barro mojado. Yo hago lo mismo que ella, con una marca bien grande. En cuanto nos ven, las niñas nos imitan.

—Venga, chicas, a buscar palos largos para hacer lanzas de pesca.

El coordinador se queda clavado en el suelo mientras contempla la escenita. Su rostro lo dice todo. Está sorprendido, con los ojos bien abiertos; tarda unos segundos en reaccionar.

—Acercaos todos, que os voy a explicar cómo hacer útiles de pesca y os explicaré cómo atrapar peces y cangrejos.

Eli y yo seguimos con el subidón del reto. Parece que me he tomado un Red Bull y una Monster seguidos. Nada más oírle decir la última palabra de la explicación práctica de cuál es la mejor forma de pescar, me enrollo las mangas de la camiseta por encima de los hombros y silbo a las chicas, mientras veo cómo ella hace lo mismo que yo, igual de emocionada.

—Tenéis que coger una lanza cada una.

—¡Oído, cocina! —gritan al unísono.

Recogemos unos cuantos palos alargados. Mientras yo les doy forma puntiaguda con la navaja suiza, no le quito el ojo encima al equipo verde. Y, de vez en cuando, miro de reojo al coordinador.

Éste está disfrutando de lo lindo viéndonos competir, aunque aparenta estar muy sereno mientras hace unas cestas con juncos y hojas de plantas alargadas. Esa cesta servirá para atrapar cangrejos de río.

Observo cómo Eli contempla toda aquella escena, su equipo es el más salvaje. ¡Si no se hace vegana después de esto, será un milagro!

Sin darme cuenta, Alex está detrás de ella.

—Le he pedido a Diego que vuelva con mi grupo, a ver si han tenido más suerte los recolectores —comenta Alex—. Siento cómo me he comportado antes. A veces puedo parecer muy duro e insensible, pero en el fondo soy muy protector.

Ella se tapa con las manos la cara. Seguro que se ha metido con ella por su comportamiento hasta hacerla llorar.

—Lo siento, no valgo para esto. Ni siquiera he sabido cómo hacer un buen desayuno. ¡Mucho menos para cazar unos indefensos peces! Antes me moriría de hambre. No sé nada de lo que hay que saber para hacer una escapada de supervivencia. Solo sé que sale el sol por el este y lo que es un gordolobo, pero no sé ni encender un fuego.

—Cómo que no eres una buena superviviente, tienes alma de capitana. Has conseguido que cada miembro compartiese sus alimentos con los demás. Has logrado que trabajasen en equipo cazando alimentos para abastecer a todo el equipo. Y lo mejor es que no lo has tenido que pedir, porque te han seguido como una manada sigue a su líder.

No es para tanto, ni que hubiera salvado a la humanidad de un apocalipsis zombi. Todo eso yo también lo he hecho y nadie me ha colgado ninguna medalla por ello. Así que, para no ser menos que ella, al llegar a la acampada les muestro, triunfante, al resto del grupo la cesta con todas las truchas que ha cazado mi equipo. Me da igual si me llaman vanidosa; lo único que quiero es sentir un resquicio de admiración, aunque, en el fondo, sé que solo hay una persona de la que me gustaría recibirla. Sin embargo, él solo tiene ojos para ella. La innombrable se acerca a mí, plantándome un beso en la mejilla.

—Has sido una dura adversaria. Te mereces haber ganado.

—Gracias.

Me estrecha entre sus brazos y me da un par de besos en la mejilla. Otra vez esa sensación de hormigueo me recorre todo el cuerpo. Esta vez el cosquilleo es más intenso, mi corazón late tan fuerte que puedo escucharlo; parece una locomotora descontrolada. En ese momento me doy cuenta de que me siento desenfrenadamente atraída por Eli y no puedo hacer nada por evitarlo. Pero no sé hasta qué punto, eso era algo que tardaría en descubrir.

Me aparto rápidamente de ella. Me siento rara. A ver, Cruella de Vil también es humana y tiene corazón, pero ni loca me voy a enamorar de la novia de mi ex. Ella le hace un gesto con la cabeza a Alex para que se acerque.

—Bea, siento si te he hecho sentir mal antes. Es solo que no quiero que te hagas ilusiones conmigo. Yo no siento lo mismo por ti. Fue bonito lo que tuvimos, pero sabes que yo siempre quise algo más que no supiste darme y ya no hay vuelta atrás. Pero siempre me tendrás como un amigo. Para lo que necesites, estaré ahí para ti. Te quiero como si fueras mi hermana.

Me alejo de allí con pasos vacilantes, sintiendo cómo el nudo en mi garganta crece con cada latido. No corro. No puedo. Las lágrimas nublan mi visión, pero sigo avanzando, con los puños apretados y el corazón hecho trizas. No miro atrás. No quiero darle el poder de verme romperme.

Me abrazo las piernas con fuerza, hundiendo el rostro entre las manos mientras el llanto me consume. Quisiera desvanecerme, borrar mi existencia como si nunca hubiera estado aquí para dejar de sentir. Ni siquiera la venganza me tienta; ya nada importa. Solo quiero irme, escapar de este mundo y de todo lo que duele.

Siento una calidez en mi rostro, allí está ella, en frente de mí, sosteniéndome la barbilla para que la mire. Me agarra con ternura las manos.

—Nada ni nadie debería hacerte sentir mal —me aparta los mechones de pelo que ocultan mi rostro abatido y dulcemente seca mis lágrimas—. Así te ves más linda.

Entonces me mira a los ojos como si fuera un cervatillo herido. No pienso, solo actúo, una necesidad imperiosa nace en mi interior y, sin pensármelo dos veces, cierro los ojos y me dejo llevar. Acaricio sus labios y mis dedos juegan enredados en su pelo.

Afloran nuevas sensaciones en mi interior. Emociones y sentimientos desenfrenados, salvajes y pasionales, como jamás había experimentado. No me arrepiento de ello, porque me siento feliz como nunca lo he estado.

Cuando nos separamos, nos quedamos mirándonos la una a la otra, sin decir nada. En ese momento no me apetece pensar en nada.

—¿Te sientes mejor? —me pregunta Eli.

Me acaricia el rostro y me ayuda a levantarme.

—Sí, pero... ¿lo has hecho solo por hacerme sentir mejor o porque de verdad te sientes atraída por mí? —le pregunto intrigada.

—Lo he hecho porque me apetecía hacerlo y me ha gustado. Aunque no me había fijado en ti de ese modo hasta ahora —me contesta Eli.

Me sonrojo, pero me guardo para mí que yo sí me he fijado en ella desde el primer momento en que la vi; aunque he tardado en darme cuenta de lo que siento por ella.

Andamos juntas hasta llegar a la hoguera, cogidas de la mano. Cuando divisamos al grupo, Eli me suelta la mano y me agarra del brazo. ¿Acaso no quiere que nadie nos vea en esa actitud cariñosa?

Cómo un beso puede cambiarte la vida en un fugaz momento. A decir verdad, he deseado ese beso con todas mis fuerzas.

No ha sido tan insignificante, ya que se ha convertido en el detonante que ha cambiado mi vida. Dentro de mí, siento que mi cuerpo pide más. Solo quiero probar a qué saben sus labios una vez más.

¿Pero yo a ella le gusto? No sé si ha sido un impulso por consolarme o porque de verdad se siente atraída por mí.

Pero una personita nos está observando desde que nos vio llegar a lo lejos. Y no le gusta nada lo que está viendo. No tarda mucho en hacérselo saber.

Todos están disfrutando de las exquisiteces que nos ha dado la naturaleza. Salvo Anne, que no va a dejar de lado sus creencias ni principios por estar en estado de supervivencia. Según ella, también se puede sobrevivir siendo vegana. Ella disfruta de sus habituales gachas acompañadas de unos frutos del bosque recién recolectados aquella misma mañana. Los coordinadores disfrutan de unos suculentos cangrejos y unos sabrosos peces.

Cuando me decanto entre un pez o unos frutos —porque si tengo que elegir entre comer gachas o raíces prefiero mil veces pasar hambre—, veo cómo Will le tiende a Eli medio pescado en un plato de cartón reciclado.

—Tienes que probarlo. Su sabor es muy intenso. Con un solo bocado te traslada al Mediterráneo.

Will le pone la mano en el hombro.

—Por tu bien, es mejor que te alejes de esa chica. Puede ser la persona más buena, dulce y cariñosa, pero como se encapriche de ti no te soltará. Buscará las maneras de apartarte de todos y que tu tiempo solo sea para ella. Y, como la hieras, se convertirá en tu peor pesadilla. Te quitará todo lo que tienes y desearás no respirar el aire que ella respira. Por ahora solo se ha dado cuenta de que existes. Se ha fijado en ti y le ha gustado la idea, pero nunca se enamorará de ti. Solo se enamora de la idea de tenerte para ella. Estás a tiempo de poder escapar de sus redes. No te dejes atrapar, es una buena embaucadora.

Se me hiela la sangre. ¿Cómo puede pensar eso de mí si yo a él no le he hecho nada? Me quedé en shock al venirme un flashback del pasado, del último día que nos vimos. Me sacudo la cabeza para ahuyentar todos aquellos pensamientos que me atormentan e intento centrarme en ella, mi salvavidas. Me da igual lo que los demás opinen, ella es la única persona que se ha preocupado por mí.

Los demás solo me ven como a una Barbie superficial y sin sentimientos; nadie sabe lo que en verdad sufro por encajar y ser aceptada.

Nada más me importa, estoy enganchada a la adrenalina que me producen aquellos ojos almendrados y labios carnosos. Ella me hace sentir la persona más feliz del mundo.

Ya podréis imaginaros que cuando algo no quieres que salga a la luz, corre como la pólvora y te explota en la cara cuando menos te lo esperas.



Mientras, Adrián habla sobre las propiedades de las plantas autóctonas y de otras que se encuentran también en España. La dulce Eli intenta llamar la atención del otro coordinador, antes de que este dé la explicación sobre cómo orientarnos. En cuanto Adrián se da la vuelta para proyectar su voz a la otra mitad de campistas, Eli se levanta y, agazapada detrás de los troncos, se va acercando a Alex.

No obstante, su estrategia de pasar inadvertida no funciona. Los niños le prestan más atención a ella que a las palabras del jefe. Se sienta en un hueco libre entre dos niños y cesan así las risitas —deben de creerse que se está escabullendo de las explicaciones—.

Tras su intento fallido, ya solo le queda esperar a que nos cuenten cómo nos podemos orientar a través de la posición del sol, la dirección del viento, la zona en la que crece el musgo o las constelaciones… y no solo de una brújula. Cuando Alex comienza a hablar de cómo orientarnos con las distintas posiciones del sol, se me pasa por la mente un pensamiento: ese chico ha nacido con un talento natural para la palabra. Cada gesto, cada mensaje transmite la energía y la pasión con la que él lo vive. Lo expone de tal modo que te atrapa.



Después de las dos charlas de supervivencia todos le hacemos la ola como ovación. Entre aplausos nos ponemos en marcha. Toca ponerlo en práctica. Cada equipo de color debe ir a buscar una planta, coger una hoja y marcar su huella, en el cuaderno de campo, junto a la explicación técnica de sus propiedades y usos.

Deberíamos orientarnos para saber volver al círculo de la hoguera. Todos seguimos a Adrián hasta los límites de la zona de acampada. Solo tenemos tres horas antes de que empiece el atardecer y nos atrape la oscuridad.

Supuestamente solo tenemos de ayuda una brújula y los conocimientos recién adquiridos; pero unas chicas, muy sabioncillas y astutas, han desayunado todo menos el pan. «Por si lo necesitan para lanzárselo a un jabalí o defenderse de cualquier animal salvaje, porque con lo duro que está lo dejan inconsciente y consiguen un festín a cambio de un mendrugo», me da por pensar.

Así que aquellas niñas, vestidas con la camiseta verde y con muy pocas esperanzas puestas en una de sus monitoras para guiarlas de vuelta, van dejando miguitas de pan por todo el camino. Un plan muy ingenioso salvo por un pequeño e ínfimo detalle: unas hormiguitas, muy pequeñas pero muy voraces, ven cómo les cae del cielo un montón de comida para pasar el invierno.

Todas las integrantes del equipo verde tienen una sonrisa radiante. Se piensan que terminarán en un pispás con aquella hazaña y que en media hora estarán viendo quién aguanta más haciendo el pino junto a la hoguera. Solo deben coger una hoja del gordolobo, igual a la que han usado anteriormente. Pero con esa notita le han dado una pista al capitán del equipo naranja: una planta de gordolobo anda cerca, y él tiene una prueba de ello en su riñonera amarilla. Como llevo espiándolos desde que llegamos a la acampada de vivac, yo también sé dónde está esa planta. Solo tengo que darme prisa y llegar antes que ellos.

Mientras que yo ideaba un plan para hacerme con la planta entera del gordolobo —no es que fuera egoísta, solo quería ponérselo más difícil a los demás, ganar y que Alex se quedase sin la hoja—, las chicas del equipo verde cantan la canción «Con valor», de la película Mulán. Se meten tanto en el papel que las observo cómo se arremangan la camiseta hasta los hombros, se pintan la cara y gritan a pleno pulmón su mantra:

—¿Qué somos?

—¡Lobos! ¡Auuu!

Menudo show están armando. Y lo feliz que me siento al ver a Eli disfrutar como una niña no tiene precio. Dan gritos de alegría, pero no han acabado aún: tienen que encontrar la planta del gordolobo y, con todo el espectáculo que están montando, creo que perderán el reto. Me resulta gracioso verlas con las pintas de mapaches guerreros, con los ojos y el rostro cubiertos de barro. Parece que las han soltado en medio del Amazonas y se han alistado a alguna guerrilla que depende únicamente de su suerte y de sus conocimientos sobre camuflaje.

Parecemos, tal vez, unos indígenas Kawahivas.

Así que seré benévola solo por esta vez y les dejaré una hoja. Pero no contaba con un pequeño e ínfimo detalle: Alex también conocía el lugar donde se encontraba la planta por la dichosa notita. Aquel subidón de adrenalina se nos apaga de golpe al ver cómo el monitor del equipo naranja arranca la última hoja de gordolobo.

—Se siente —grita Manolín, el último de los ocho monitores y el más joven. De ahí su mote.

Lo miro con cara de pocos amigos, con un mohín de fastidio en la boca. Para una vez que intento ser benévola y tiene que salir al ataque el diablillo de Ares. ¡Mi gozo en un pozo!

—Claro, yo también hubiera ganado si mi equipo lo capitaneara un miembro de la Escuela Española de Supervivencia.

La escucho replicar. Ahí donde la veis, es una mujer de armas tomar, menudo carácter tiene la monitora del equipo verde. Eso hace que me guste más.

El aludido se encoge de hombros.

—Venga, chicas, dispersaos. Emma, Sol y Luna conmigo, y Estela, Celia y Elena con Anne; no debe de andar lejos otro gordolobo.

Como no me parecía justo que ganase el equipo naranja, me guardo una hoja y coloco el resto en forma de una planta que emerge del suelo, cerca de donde se encuentran las niñas del equipo verde.

Me dirijo a la hoguera junto con mi compañero Will, pero algo inesperado capta mi atención. La chica de mis sueños empuja a Alex mientras discute con él. Finjo quitarme una china para dejar atrás a Will.

—Will, enseguida me reúno con vosotros en la hoguera. Voy a quitarme una china que me molesta en el zapato.

—Como quieras.

Me dirijo hacia ellos pegando saltitos de alegría, típico en mí cuando me siento muy feliz. Cuando estoy a punto de llamar su atención, gritando para celebrar que yo también he conseguido volver con una muestra de la planta gracias a mis supuestas habilidades con la brújula, me freno en seco y me quedo de piedra al contemplar la escena. Mientras veo cómo se besan apasionadamente, sin salir de mi asombro, no puedo imaginarme cómo la chica de mis sueños, la que mejor me entiende, acaba de besar al único tío que he amado en toda mi vida, cuando no ha pasado ni un día desde que ella y yo nos besáramos. Me las pagarán bien caro.

Así es como me convertí en la malvada Maléfica, las dos personas que empezaba a amar,adr me habían traicionado, dejando que mi corazón dejase de latir en aquel instante en que sellaron su amor delante de mis ojos, después de besar a Eli y sentir algo por ella.



5 de julio de 2009

Escondida detrás de un frondoso enebro, los escucho hablar…

—Me has dejado sin palabras. Yo sé que Bea lo ha pasado mal por no tener amigos en su niñez y que ha intentado quitarse la vida al perder al único que ha tenido, pero no me puedo imaginar que siga igual después de los años, y que haya intentado volver a quitarse la vida al perderte a ti. Nadie puede aferrarse a nadie: todos acaban yéndose antes o después. No puedo pensar que le haya dado otro brote, y aún más fuerte.

¿Y no la han llevado a un centro especializado, con algún psicólogo o psiquiatra?

—Ha estado en un colegio de monjas en Madrid, en un internado en Edimburgo y en un centro psiquiátrico después de aquel suceso. Pero en este último solo ha estado tres meses, lo que duró el verano. Al curso siguiente, los padres hablaron con el director, aportando un falso informe que decía que se encontraba bien, para no perder el último curso de bachillerato. Ha sido el único verano que no ha venido al campamento. Siempre consigue que la dejen venir a este campamento bajo amenazas a sus padres, ya que aquí estamos los únicos amigos que ha tenido: Will, Diego, Manolín, Adrián y yo. Y, salvo con Will, con los demás se ha enrollado.

—¿Qué dices? ¿Se ha enrollado con Adri también?

—Sí, el año pasado. En una fiesta de botellón para celebrar que era nuestro último día como campistas antes de hacernos monitores. A Bea solo le gusta sentir la adrenalina de lo prohibido.

Ahora mismo, lo único que siento es rabia recorriendo por mis venas en lugar de sangre. Le pego un puñetazo al enebro que me mantiene oculta y me alejo de ellos tras ver cómo se abrazan. Mientras maldigo por lo bajo: «Me las pagaréis, algún día me las pagaréis», voy dando pataditas a las piedras. «Algún día conseguiré que no volváis a estar juntos». Tras aquello, la desolación que me embarga el rostro se transforma en una sonrisa diabólica y mis ojos apagados relucen llameantes del plan que empiezo a idear.

Esto se ha convertido en un juego para mí y quiero salir victoriosa a su costa, como si fuera una partida de ajedrez. Ahora me toca mover ficha, y los utilizaré de peones para mi maléfico plan, que comenzaría por desvelar que dos monitores del campamento están liados. Para sembrar la duda entre los demás, empiezo a correr la voz de que alguien los ha visto besándose, y tengo al señuelo perfecto para que la noticia corra como la pólvora.

Al llegar al refugio, me siento al lado de Manolín, que es sabido por todos que es un bocachancla al que le precede su fama de chinchorrero.

—¿Te has enterado de que el coordinador, el capitán del equipo naranja, se ha liado con Eli, la monitora del equipo verde?

—No fastidies, eso no se puede hacer en este campamento. —Me mira inquisitivo—. ¿Cómo lo sabes?

—Los ha visto uno de mis campistas viniendo de vuelta al campamento.

Así es como el rumor se extiende entre los monitores hasta que llega a oídos de Adrián, quien lo descubre cuando Diego va a quejarse, desaprobándolo.

Han pasado cinco minutos del toque de fin de la actividad cuando el capitán del equipo naranja hace acto de presencia. Adrián se dirige a él, molesto. Quiere verificar si esa noticia la han difundido con fundamento o sin él.

—Alex, ¿es verdad que estás saliendo con Eli?

—Sí, pero me gustaría explicarte el motivo por el que lo hemos hecho.

Se gira y da unos pasos al centro de la hoguera, proyectando su voz:

—Equipo, preparad la cena con la caza de esta mañana. Nosotros dos vamos a planear la siguiente actividad.

—¡Oído, cocina! —gritan todos al unísono.

Al mirar a Alex, puedo ver en su semblante que algo no va bien. Primera ficha del juego movida.

En ese mismo instante, dos jóvenes están enganchados en una conversación…

—Eli y yo llevábamos tres meses juntos cuando a mi abuela le dio un infarto y me vine a Edimburgo para cuidar a los míos. Si hubiera llevado dos años en vez de meses, le hubiera pedido que viniese a vivir conmigo. Como nos sentíamos tan a gusto y nos queríamos tanto, seguimos la relación a distancia e ideamos trabajar los dos en este campamento. Nunca he conocido a una chica como ella. Se preocupa por todo el mundo, lo da todo por los demás sin pedir nada a cambio y piensa en todos antes que en ella. Es muy buena persona y comprensiva. La quiero, y no he sentido lo mismo por nadie antes. Esto tan especial que siento por ella no creo que vuelva a sentirlo por otra persona.

—Se te ve enamorado, y yo no seré la causa de la ruptura de un amor tan puro y bonito como el vuestro.

—Te lo agradezco de corazón.

—No me lo agradezcas tan rápido. Sabes que no puedo permitir ningún tipo de relación en el campamento. En otros campamentos no se pondría ninguna objeción, pero este es más estricto. Por eso, os pido que no os deis muestras de afecto delante de nadie, porque si me vuelven a llegar quejas o habladurías, tendré que tomar cartas en el asunto y sancionaros.

Le pone la mano en el hombro.

—Quédate tranquilo, puedes confiar en mí.

Pero aquella horrible pesadilla no ha hecho nada más que empezar.



Los dos coordinadores hablan de lo que sucederá a continuación con respecto al campamento. Es la última noche de supervivencia y tiene que ser mítica. De repente, una sombra tan oscura como las tinieblas se abalanza hacia ellos, dejándolos perplejos, mirando fijamente aquel penetrante manto de oscuridad.

Cerca de ese lugar…

—Anne, tengo hambre. Están tardando mucho. ¿Es que esos dos no piensan venir a cenar o qué?

—Más hambre tengo yo, que solo he comido gachas y frutos del bosque. No seas quejica y compórtate.

La veo coger aire, inflando su boca, mientras se cruza de brazos. Se miran unos a otros, pero nadie dice nada; así que tomo la palabra:

—Equipo, estamos solos y no sabemos cuándo van a volver esos dos. Ya sé que ellos son los coordinadores y deberíamos esperar hasta que aparezcan para cenar, pero ¿y si han ido al campamento a preparar cosas para la actividad, han visto que se les hacía tarde y han decidido cenar allí antes de volver? Podríamos cenar nosotros y guardarles una trucha a cada uno por si solo se retrasan, y así no tenemos que desfallecer de hambre hasta su vuelta. ¿Quién está conmigo?

Vuelven a mirarse unos a otros, pero nadie secunda mi emoción. Will, la persona que pasa más desapercibida del campamento, y Anne, la persona más tímida y reservada de todos, se levantan, seguidas de Sol y Luna. El resto de mi grupo las imita. Poco a poco, todos se van levantando.

—¡A cenar se ha dicho! —grita Eli mientras los mira con una amplia sonrisa llena de satisfacción. No solo por cenar, sino porque se nota que le está empezando a gustar esto de liderar una manada.

Will y Anne se le acercan para ayudarla a hacer la cena; Sol y Luna, que quieren cenar algo decente, se ofrecen a echarles un capote; mientras Diego, Manolín y yo vigilamos a los niños.

De vez en cuando miro de reojo a la monitora. Preparan verduras asadas y truchas para cenar. Los cangrejos siguen dentro de un cubo con agua, y algo en mi interior me dice que, por la mirada de esa chica, pronto estarán en libertad.

Cuando terminamos de cenar, me siento tan llena como inquieta, porque los dos coordinadores no han vuelto. Veo cómo los monitores se reúnen para saber qué pueden hacer, así que me acerco para curiosear, pues nunca me ha gustado que me mantengan al margen. Algo les tiene que haber pasado. Han transcurrido más de dos horas y ni rastro de ellos, lo que no suele ser habitual.

Como somos seis monitores, decidimos dividirnos en tres grupos: dos se quedan vigilando al medio centenar de niños, dos van al campamento y otros dos iremos al arroyo. Los seis tendremos que estar atentos a los *walkie-talkies* y deberemos regresar antes de una hora al campamento para dar noticias o, al menos, para reunirnos a idear otro plan si este falla. Un rollazo; por mí, como si no vuelvo a verles el pelo. Un favor que hacen liquidando a Alex en mi lugar.

Diego y Manolín se van al campamento base; Eli y yo ponemos rumbo al arroyo; Will y Anne se quedan en el refugio junto a la hoguera con todos los niños, contándoles historias. Todo idílico hasta que vino la petarda de Eli a aguarme la fiesta y recordarme porqué la odio.

—Oye, Bea, no hemos podido hablar después de lo del beso y me gustaría hacerlo. Tengo que contarte algo.

Me agarra del brazo para que me frene en seco.

—¿No te gustó el beso? ¿O lo que no te gusta soy yo?

—El beso me encantó y tú me pareces muy guapa, es solo que… salgo con alguien y quería que lo supieras.

—Ah, ¿sí?… ¿Y puede saberse quién es?

Obviamente me hago la tonta; a veces pienso en estudiar interpretación, no se me da nada mal.

—Bea, mira hacia allí. ¿Eso no es una hoja de un minibloc?

Me dirijo hasta una roca sin mediar palabra y leo para mí misma lo que dice. Eli, inquieta, me la arrebata de las manos al ver la palidez de mi cara. Me siento en la roca cuando me empiezan a flaquear las piernas. No podía ser cierto. Eli y yo nos miramos en el mismo momento en el que soltamos a la vez:

—Los han secuestrado —consigue decir Eli en un hilo de voz.

—Pero ¿quién va a querer secuestrar a dos jóvenes con esas pintas de montañeros, si no llevan ni relojes? Les gusta lo extremo y se guían por la orientación del sol —le contesto—. Como no quieran sus calzoncillos roñosos, que los usan hasta del revés con tal de no lavarlos... Así que no tienes de qué preocuparte.

—Vale, no llevan un Rolex, pero pone que sabe dónde está el paradero del coordinador; eso es que lo conoce. Lo mismo uno de los dos se ha escapado para pedir ayuda. Tengo miedo, Bea. Quien ha escrito esto es un perturbado que nos ha estado espiando y quiere que sigamos su jueguecito de las constelaciones.

—¿Qué constelaciones? Si todas las estrellas parecen la misma.

—Bueno, solo espero que estén bien.

En ese momento, Eli y yo nos abrazamos, "asustadas" ante la posibilidad de que estén perdidos o, aún peor, raptados. Yo finjo que estoy asustada, por dentro me siento incluso feliz de que estén perdidos, sin rumbo, Si tuviera magia ya hubiera hecho desaparecer al menos a Alex, antes. Empiezo a recordar todos los puntos que nos han mencionado que debemos aprender durante este fin de semana de supervivencia, y el único punto que no hemos practicado aún es la astronomía. Seco las lágrimas que recorren el rostro de Eli y la miro fijamente a los ojos con un brillo de esperanza.

—Ya lo tengo. Y si... solo es una hipótesis, esos dos nos quieren dar una lección para que los encontremos mientras aprendemos astronomía. Seríamos autosuficientes e independientes, que es justo lo que quieren que aprendan los niños con esta excursión de supervivencia.

—Puede ser, pero para jugar a eso podrían haberlo dicho y no desaparecer para preocupar a todo el mundo y alertar a la policía si no aparecen.

—Me parece menos descabellado que la idea de que haya un psicópata espiándonos.

De repente la veo cómo me mira fijamente, escrutándome con la mirada como si yo fuera la psicópata que ha raptado, amordazado y torturado, entre terrible sufrimiento, a su queridito novio. Pues no hubiera sido mala idea.

—Lo mejor es que volvamos a la hoguera y hablemos con el resto sobre la pista que hemos encontrado —se aventura a decir, presa del pánico.

Cuando ve a Anne, corre a su lado como si la hubiera secuestrado y por fin fuese libre.

Will le da una palmadita en la espalda.

—¿Qué ha pasado, sabéis algo de los coordinadores?

Niega con la cabeza, ya que no puede articular palabra. No puede contarles delante de mí que sospecha que detrás de todo estoy yo... Ya me gustaría a mí haberlos borrado del mapa.

—¡Ay, Eli! ¡Cómo puedes ser tan niña a veces! No les ha pasado nada a ninguno de los dos. Han ideado un juego para que sepamos orientarnos por la noche, y así los niños se divertirán a la vez que aprenderán a orientarse. Y tú ahí, sollozando como si se los hubiese tragado el monstruo del lago Ness.

—¿Tú crees? ——le pregunto a Anne con un hilo de voz entrecortada.

La cara se me ilumina por momentos.

—Ya verás que sí —intenta animarme Will, mientras Anne hace un gesto de afirmación con la cabeza y dibuja una amplia sonrisa—. Esperaremos a que vuelvan Diego y Manolín para salir con los niños a buscarlos. Mientras tanto, repasaremos con ellos las constelaciones.



Capítulo 3

El arte de escoger quién se larga y quién perdura

Hace un par de horas...

Mientras algunos campistas se están metiendo un festín entre pecho y espalda, otros se están desesperando sin probar bocado. Como no tengo ganas de nada y sin Alex la diversión se acaba, salgo en su búsqueda.

No tardo mucho tiempo en encontrarlos, ya que estaban casi al lado de donde encontré la notita con Eli.

Intento camuflarme entre los árboles para que ese par no me vea. Los dos monitores están ideando la manera de sorprender a sus jóvenes campistas para hacer de aquella una noche especial, llena de diversión.

Están fatal. Y luego la loca soy yo. Tienen a todo el campamento angustiado porque no aparecen y a ellos solo se les ocurre la genial idea de dejar notitas para poner en práctica sus teorías de astronomía.

Los escucho mientras traman un plan para jugar al escondite de una forma peculiar: desaparecer ellos dos para que los niños tengan que buscarlos orientándose por las constelaciones.

Brillante idea.

Cuando veo que dejan la notita y se largan a esconderse, la leo y la dejo en el mismo lugar:

«Sé dónde está el paradero del coordinador. Si quieres encontrarlo, sigue la estrella polar de la constelación de la Osa Menor. Lo encontrarás en el extremo de abajo de la constelación. La otra nota decía lo mismo, pero en el extremo de arriba de la Osa Mayor».

Una sombra aparece entre la oscuridad y se abalanza sobre ellos sin previo aviso. Y yo me cago viva. Eso no lo vi venir.

—Tenéis que ayudarme, por favor, mi chica se encuentra en peligro.

—Cálmese y cuéntenos, ¿qué ha pasado?

—No hay tiempo para eso, seguidme.

Alex y Adrián se miran sin decirse nada. Deciden seguir al joven montañista desaliñado.

Unos metros más adelante ven a una joven atrapada en una zona de tierra mojada, similar a las arenas movedizas. Los dos monitores se miran
sobrecogidos. No pueden dejarla ahí tirada, pero tampoco pueden adentrarse: si lo hacen, no saldrán de allí. Pensándolo bien me ahorran el trabajo.

La situación resulta ser un poco compleja, pero como buenos campistas, en la Escuela Española de Supervivencia les han enseñado cómo enfrentarse a una situación así. Adri toma la palabra mientras Alex idea la manera de sacarla de allí.

—Debes mantener la calma para salir de ahí; si te mueves, quedarás más atrapada. Necesitas deshacerte de cualquier peso que lleves. Extiende los brazos y las piernas lentamente. Tienes que hacer movimientos que busquen separar la arena del agua y, al final, quedarás flotando sobre ella. Después debes usar los brazos para desplazarte hasta la orilla.

Ella lo intenta, pero se queda más atrapada y pega un chillido.

—Me he torcido el pie al tropezar con una roca y me he quedado aquí atrapada. Le he pedido a Gael que busque ayuda. Me duele mucho el tobillo izquierdo; apenas puedo moverlo.

—Como diría Matías Prats: qué mala pata has tenido.

Adri hace un chascarrillo para quitarle hierro al asunto y que se relaje. Que tenga el tobillo torcido dificultará más el rescate.

Alex se siente impotente. Aquella chica no podrá salir sola de allí y, si han pasado un par de horas, a su estado de nervios se le sumará una hipotermia al llevar horas dentro del agua. Tienen que actuar ya. El tiempo no se detendrá. Su vida pende de un hilo y él no piensa quedarse de brazos cruzados dándole ánimos.

Lo único que se le ocurre es volver al campamento base a por una cuerda, pero tardará un par de horas mínimo. De cualquier cosa que hagan dependerá el futuro de la chica. Van a contrarreloj.

Gael ya ha intentado sacarla de allí lanzándole un palo alargado, pero ella tiene dificultades para andar y solo ha conseguido adentrarse más en las profundidades.

Alex no se lo piensa dos veces. No sabe si aquello va a ser una locura de la que no saldrá vivo, pero no le importa en ese momento. Se despoja de todo lo que lleva, menos los bóxers, y pide a Adrián y a Gael que hagan lo mismo. Anudan, con nudos marineros, la ropa entre sí para hacer una cuerda. Un extremo se lo ata a la cintura y el otro extremo lo ata a un robusto árbol. Se adentra en la orilla de las tierras movedizas, —no suele haber tierras movedizas en Newcastle, pero antes de que nosotros llegáramos había llovido tanto en esa zona, que el terreno no se había secado y estaba la tierra tan mojada que te atrapaba—, cada vez nota más la dificultad para andar. Se ve atrapado con cada paso que da.

Se coloca detrás de ella y la coge por la espalda, por debajo de los
hombros. Entonces, Adri empieza a tirar con todas sus fuerzas, con ayuda de Gael, pero el invento se desata. La chica y Alex se quedan tirados cerca de la orilla, pero siguen atrapados y esta vez están más hundidos, casi sin poder moverse.

Están desesperados. Ya solo queda pedir refuerzos y armarse con cuerdas. Como no les daría tiempo de ir al campamento y volver, Adri decide ir al refugio. Allí hay hamacas y podrán utilizarlas junto con las cuerdas para atarlas a los árboles y poder pedir ayuda.

Cuando llega junto a la hoguera de la acampada no hay nadie, solo quedan los restos de la cena.

—Maldita sea —murmura para sí mismo Adrián—. No tenemos bastante con rescatar a dos, sino que ahora todo el grupo estará perdido buscándonos.

Lo primero es rescatar a los que están atrapados y luego ya pensará en cómo deshacer aquel lío y llegar a tiempo a la zona que indican las notitas.

De verlos en esa situación, me siento mal. Piensa, Bea, piensa.

Adrián coge todas las hamacas, cuerdas y jerséis que se encuentra. Lo mete todo en una mochila sin mirar de quién es y echa a correr lo más rápido que puede hacia donde se encuentra su amigo.

Una vez allí, coge las hamacas, las une entre sí, luego ata los jerséis y, finalmente, las cuerdas. Un cabo lo ata a un grueso árbol y el otro se lo acerca, con ayuda de un palo, a Alex. Este desata el nudo del palo y agarra la cuerda. Luego se la ata a la chica por la cintura.

Adri y Gael tiran fuertemente y consiguen sacar a la chica, pero en el último tirón para liberarla las cuerdas se rompen y caen dentro de las arenas movedizas. Su invento no funciona para hacer la misma hazaña y liberar a Alex, así que tendrá que salir de allí por sus propios medios.

¡Maldita sea! No quiero ver morir a Alex. Él es lo único que tengo en la vida.

La chica se abalanza sobre su chico y lo abraza. Adri está desesperado y no sabe qué más hacer. Se alegra de que la chica esté sana y salva, pero no a costa de la vida de su compañero. Además, la situación del paradero de los niños y del resto de monitores no le deja pensar con claridad.

Alex lo mira como un animalito indefenso que sabe que le ha llegado su hora. Le agradece sus años de amistad en el campamento y por los maravillosos días de verano capitaneando juntos el grupo.

—Si no salgo de esta, cuida de Elísabet por mí. Es una chica maravillosa, pero sé que le costará encontrar el rumbo sin mí. Dile que se atreva a soñar y que la vida es maravillosa, aunque yo no esté a su lado.

¡¿Y yo qué?! No, si de desagradecidos está lleno el mundo.

Con lágrimas en los ojos, Adrián se deja caer de rodillas al suelo. Está destrozado por dentro. En su vida se ha sentido más impotente. Debe armarse de valor e ir en búsqueda del equipo, dejando a su suerte a Alex. La pareja, abrazada, mira conmovida aquella escena.

¡Qué le den! Está visto y comprobado que le importo bien poco, por no decir nada.



Mientras en la acampada, pueden estar sentados esperándolos…

Me dirijo a la acampada a ver si Eli sigue desquiciada de los nervios, seguro que ha llamado a la interpol... jijiji.

La primera que veo es a Eli, que no para de pegar voces como si le fuera la vida en ello.

—Vamos a dibujarnos en el brazo la constelación de la Osa Menor uniendo los lunares del brazo y, si no tenéis algún lunar para hacer la forma, os dibujáis el lunar.

»Práctica ante todo.

Todos se ponen manos a la obra.

Will, Diego y Manolín ponen rumbo al campamento de nuevo, salvo que esta vez se orientan por las constelaciones, y nadie se queda en el refugio de la acampada.

Los llevo directos a donde había encontrado la segunda notita. Ya me he hartado del dichoso jueguecito, quiero que todo se acabe para tumbarme en la hamaca y escribir. Así que los guío hasta Alex.

«*Enhorabuena, estáis a un paso más cerca de alcanzar vuestro objetivo y encontrar a vuestro amigo. Ahora dirigíos hacia la cola del Carro*».

Si algo sé de astronomía es que la Osa Mayor se llama también Carro.

Ponemos rumbo hacia el Carro, no sin antes dibujárnoslo en el otro brazo. Y con los brazos haciendo de brújula llegamos a nuestro destino. Voy con Eli y Anne, la cual ha insistido mucho en ir con nosotras. No vaya a ser que me liquide de un plumazo a su amiga.



Bajo otra estrella, cerca de allí…

Al fondo vemos cómo Alex intenta quemar su último cartucho antes de darse por vencido. Prueba a mantener la calma, intentando recordar las clases de yoga que hace su madre cuando el mundo se le viene abajo; ella siempre saca fuerzas de la nada.

Con el pensamiento puesto en la fortaleza de su madre y en la sonrisa de Elísabet, va llenándose los pulmones de aire. Intenta mentalizarse para ser lo más liviano posible. Trata de separar la arena del agua, algo así como diferenciar entre una raíz hembra y macho; tan imposible que solo unos pocos lo saben hacer. Se va relajando y se deja caer hacia atrás, tumbándose, imitando la postura de hacer el muerto dentro del agua. Se queda flotando unos momentos mientras se mentaliza para la siguiente acción.

La pareja se levanta y se dirige hacia Adrián, que está de espaldas, a un par de metros de allí, rumbo a la acampada para buscarnos. Gael corre hasta él y le pone la mano en el hombro. Adri se gira y se queda atónito con aquella proeza. Se agarran las manos, cierran los ojos y canalizan toda su energía. No pueden ayudarle físicamente, pero la fe y el amor mueven montañas. Los tres intentan mandarle toda su fuerza interior, todo su *chi,* a aquel joven que ha dado su vida por una desconocida.

Alex empieza a usar los brazos muy despacito para desplazarse y, cuando está al borde de la orilla, con su último aliento da la brazada final y se agarra al borde de la tierra, pero no puede aferrarse a nada y la tierra se deprende. Los tres corren para sacarlo de allí. Lo sujetan por el brazo y tiran de él con todas sus fuerzas hasta que liberan su cuerpo. Los cuatro se quedan tirados, tumbados en el suelo, respirando fatigadamente.



Eli, al ver la escena, grita el nombre de Alex y sale disparada hacia él como si no hubiera un mañana.

La tía casi me deja sorda.

Al verla, Alex corre hacia ella. Después de fundirse en un abrazo, le acaricia el rostro para asegurarse que no se trata del fruto de su imaginación. La mira a los ojos y se pierden en la mirada del otro mientras se besan.

Y a mí que me zurzan. Como si yo no hubiera estado preocupada por él. Sabéis ese dolor punzante que se siente cuando te parten el corazón en mil pedazos. Hacía casi cinco años que no me sentía tan rota.



Durante el camino de vuelta, Alex se acerca a mi lado y nos mantenemos apartados del resto mientras conversamos. Hablar con él es lo último que me apetece.

—Bea, quería pedirte que mantengas en secreto lo mío con Eli.

»Ya te puedes ir olvidando.

—Mi silencio tiene un precio. —Le respondo desafiante.

—¿Qué quieres?

—De momento, nada; cuando llegue el momento, ya me cobraré el favor.

—Gracias, Bea.

Me deja un beso en la mejilla y le devuelvo la sonrisa, muy complacida.

«Y así es como muevo otra ficha de la partida. Ahora solo falta el momento oportuno para hacer que esos dos rompan y no se vuelvan a hablar. Solo me falta mover una ficha para hacer jaque mate. La reina ha caído, estamos en jaque, todo apunta a que saldré victoriosa de aquella jugada».

En la hoguera nos están esperando el resto de los monitores, junto a una parejita acaramelada; y no hablo de la odiosa pareja formada por Alex y Eli, sino de unos completos extraños que no tienen nada que hacer con sus vidas y que se unen al club de los pringados.

Adrián toma la palabra nada más vernos, mientras nos sentamos alrededor de la hoguera.

—Quiero que sepáis que me siento muy orgulloso de todos vosotros. Acabo de hablar con la directora del centro para transmitirle las evoluciones y progresos que lleváis. Por eso, mañana, cuando volvamos al campamento base, nos estarán esperando camas hinchables y una piscina llena de espuma para disfrutar todo el día de ellas.

Todos vitorean y hacen una ola del subidón de alegría; se les ve radiantes de felicidad, todos salvo yo.

—También le he hablado de vosotros. Hasta que ella tenga el tobillo bien para que podáis proseguir con vuestra aventura, os podéis quedar en mi cabaña y con mi litera. Yo dormiré afuera, en una hamaca.

La parejita dibuja la palabra *gracias* con los labios tras sonreír.

He utilizado mi pieza más valiosa al correr la voz de que Alex y yo estamos juntos, pero Adri no ha hecho nada al respecto, salvo hablar con Alex antes de idear su estúpido plan. Aún me quedan muchas fichas por mover: la partida solo acaba de empezar.

Van transcurriendo los días. En el campamento se respira tranquilidad. Nadie sabe que se trata de la calma que precede a la tormenta. En el último día de campamento decidimos hacer pulseras de macramé para todos como recuerdo de la experiencia.

A Will, Anne y Eli se les ve muy unidos. Pero todo lo bueno tiene su fin, y entre sueños y abrazos llega la despedida.



Capítulo 4

Yo soy candela de la que quema.
Ave de fuego nacida en la pena

2 de octubre de 2009

El amor es como una amistad en llamas:
puede arder y apagarse a la vez…

Llegamos al WiZink Center de Madrid. He conseguido, gracias a la influencia de mi padre, cinco entradas para el primer concierto que dará Maldita Nerea. Antes de eso solo habían cantado en garitos de Salamanca, pero cuando lo han hecho en Madrid se han convertido en uno de los grupos del momento. A los cuatro nos encantan. Aparco la moto en un parking cercano al recinto. Hemos quedado una hora antes del concierto; como tenemos pases VIP —unas pulseritas que nos otorgan las mejores vistas y pases al camerino para conocer en persona al artista—, no tenemos que esperar horas en la fila.

Hoy es el cumpleaños de Alex y no veo una mejor forma de celebrarlo, aunque a él le hubiera gustado pasar el día con sus abuelos en Edimburgo. Su madre ha cogido el avión esta mañana para estar con él como regalo de cumpleaños.

Todos creen que estoy emocionada por ver a mi grupo de música favorito, pero lo que no saben es que tengo preparada una trampa para deshacerme de la dichosa parejita. Lo que no se espera Eli es que Alex se presentará al concierto conmigo en su moto. Abro el compartimento donde se guardan los cascos para que Eli vea una bolsa con los regalos que le he hecho a Alex. Solo se los he regalado para hacerla rabiar.

Alex lleva una funda de guitarra colgada en su espalda. La saluda con un fugaz beso en la mejilla y su perpetua sonrisa de medio lado; se le nota incómodo, ya que parte del trato por mi silencio era que celebrara su cumpleaños conmigo y que pasáramos el día juntos. El buenazo de él solo puso una condición: hacer un plan divertido con Eli. Y será de lo más emocionante, lo tengo todo planeado al milímetro. Hasta ahora hemos pasado el día en familia, con mi padre y su madre. Uno de los regalos que le he hecho ha sido un pendiente con forma de pluma; así, yo llevo uno en la oreja derecha y él otro en la oreja izquierda. No creáis que lo he hecho para que sepa que es mío ni nada parecido. Solo quería hacerla rabiar y que ella sí lo creyera. Y seguro que se está martirizando, pensando en el significado simbólico de llevar cada uno un pendiente igual. La maldad produce un placer más intenso que el chocolate, pero igual de efímero.

Así que esto no ha hecho más que empezar. Para joderla aún más, me recojo el pelo detrás de la oreja para que se note que llevamos a juego el mismo pendiente. Si no hubiera aparecido esa chica en nuestras vidas, Alex y yo seguiríamos juntos y yo sería la mejor versión de mí misma al tenerlo a mi lado.

Como dice Beret en su canción *Lo siento*:

«Yo sé que no importarme el pasado,
que antes me mataba, solo es crecer.
Que nunca hemos sido dos,
ya que contando el miedo sí éramos tres».

Y ese miedo tiene nombre: Eli.

El cuarto integrante del grupo, cómo no, es Will. Los cuatro hemos hecho buenas migas durante el campamento, en especial Will y Eli. Solo falta que llegue su chico, Albert, que nos espera al final de la cola. Sonreímos al verlo, mientras Will agita dos entradas por el aire, pegando saltitos, Albert al verlo corre hacia él y se funden en un beso.

Vamos a comprar *merchandising* de recuerdo y así, Jorge Ruiz,

podrá firmárnoslo junto con alguna dedicatoria después del concierto. Los cuatro compramos camisetas, para ir iguales, con el icono que representa al grupo: una tortuga.

Estamos en primera fila, justo en el centro del escenario. *Los fans* gritan a pleno pulmón el nombre del grupo, y en especial el del vocalista. Hay gente que ha venido desde la otra punta de España solo por verlo cantar. Las luces se apagan y mi plan acaba de empezar.

Con cada canción, a Eli se la ve más eufórica, gritando y saltando como una fanática. Una de las groupies que está a su lado, lleva en el antebrazo tatuado el símbolo de la tortuga y una frase:

«No temas ir despacio, teme no avanzar».

Y eso es justo lo que yo estaba haciendo.

Los otros tres componentes del grupito friki lo forman una parejita entrañable, con gafas a juego, y una chica que lleva todo el *merchandising* habido y por haber de la tienda: camiseta, pulseritas, un pañuelo… Esos cuatro me parecen unos frikazos de la ostia, yo no los trago ni con bola pero estoy segura que Eli encajaría en la perfección en esa pandilla. Si parecen sacados del mismo club de los incomprendidos.

Mientras tanto, yo le susurro cosas sin sentido a Alex, mezcla del Red Bull y mis ganas de poner celosa a Eli, que no para de mirarnos cada vez que me acerco cariñosamente a él.

Cuando solo quedan dos canciones, pedidas por todos los fans, tiro del brazo de Alex y nos vamos juntos hacia la zona de camerinos. Mi maléfico plan ya está en marcha.

Alex se cambia de ropa y se pone una camiseta negra sin mangas, dándole un aire más rockero. Coge su guitarra blanca y se dirige a la mánager del grupo: será el telonero del concierto y pondrá fin a la velada.

Cuando el público deja de aplaudir, Jorge Ruiz, el vocalista, anuncia la colaboración de un joven que hará la *cover* de mi canción favorita: *En el mundo genial de las cosas que dices*.

Miro en dirección al lugar donde estábamos antes disfrutando del concierto y allí está ella junto a Will. Sonríe de oreja a oreja al oír los primeros acordes de la guitarra. Empieza a sonar la melodía de la canción. Me encanta la voz de Alex cuando canta; suena distinta, como si tuviera un brillo especial. Canta con tanta pasión que lo borda. Con el último acorde, dirige su mirada al público y mira hacia donde está Eli. Estoy segura de que bajará del escenario para besarla delante de todo el mundo, así que corro como alma que lleva el diablo para situarme cerca de Eli e impedirlo.

—Quiero dar las gracias a quien ha hecho esto posible y me ha hecho sentir el hombre más afortunado del mundo durante unos minutos.

Se echa la guitarra a la espalda, se agacha para sentarse al borde del escenario y da un brinco. Camina en dirección a Eli, se acerca a ella, y justo cuando inclina la cabeza para besarla, me lanzo abrazándole el cuello con mis manos y lo beso.

El público estalla en aplausos, eufórico. Yo no sé ni lo que siento; por un segundo me dejo llevar por aquel beso. Y me gusta.



A un par de metros, cada vez más lejos…

Alex me aparta despacio y retrocede lentamente para que el público no se dé cuenta. Sabe que todas las miradas están puestas en nosotros. Él no pretendía besarme a mí, sino a Eli, y me lo hace saber. La busca con la mirada, pero ella se ha marchado con el corazón hecho pedazos. Esa era mi intención, pero la victoria no me ha sabido a gloria, más bien agridulce.

Se gira, mirando a todas partes, pero solo reconoce una cara amiga: la de Will. Se dirige sorprendido a él.

—¿Y Elísabet? ¿Dónde está Eli?

—Se fue hace un rato al baño. Me pidió que la esperáramos en la entrada de los camerinos.

Alex suspira aliviado, porque no está allí contemplando aquel numerito.

—No te preocupes por ella, verás que está bien —le digo apresurada—. Tenemos que ir al camerino, nos están esperando. El mánager del cantante quiere conocerte y proponerte que vayas a su estudio para grabar una colaboración. Le encantaron las canciones que grabé en secreto cuando cantabas junto a la hoguera en el campamento.

Sin tiempo para asimilarlo, Alex se llevar mientras Will, es un mero espectador de todo lo que está aconteciendo, comienza a enviar mensajes. Estoy segura de que se los está mandando a Eli, para contarla lo que está pasando.

Cuando entramos al camerino saludamos al vocalista, que dicho sea de paso, es como el buen vino que mejora con los años. Está buenísimo, pero, Alex empieza a preocuparse al no ver por allí a Elísabet.

—Chicos, ¿habéis visto mi móvil?

—Te lo habrás dejado en mi casa. Relájate y disfruta.

Se lo he quitado cuando estaba distraído con los regalos, ya que tengo una sorpresita para Eli que no será nada agradable, y para ello necesitaré su móvil.

—Will, ¿me prestas tu móvil? Estoy preocupado por Eli. No me parece normal que se marche sin dar ni tan siquiera una explicación. Además, se moría de ganas por conocer en persona a Jorge Ruiz. Es su grupo favorito, y no creo que se pierda la oportunidad de su vida sin un buen motivo.

—Lo siento, tío. Parece que no quiere estar aquí y se ha marchado. Le he mandado mil mensajes, y nada.

—Quizá le haya vencido el sueño. Con lo dormilona que es, no me extrañaría. Para no arruinarnos la noche y que no me perdiera esta oportunidad, se habrá marchado así, sin más. Lo que me inquieta es que habíamos planeado pasar la noche juntos. Nos tomamos un par de cervezas y me abro. No voy a disfrutar de la noche si no sé nada de ella.

Entre botellines y risas, llevo a cabo mi maléfico plan, para vengarme y acabar con la parejita, y con la victoria asegurada al haberme quitado de en medio a mi rival. En cada botellín, añado unos polvos mágicos llamados burundanga, que desinhiben y vuelven vulnerable hasta perder el control de los sentidos. De los botellines de cerveza pasan a copas de ron.

Will es el primero en irse. Por su lenguaje corporal, adivino que no le está gustando nada el giro de los acontecimientos e invita a Alex a irse con él. Sospecho que, si no se ha marchado antes, es para no dejarlo solo conmigo. No se fía nada de mí, y eso se nota en cómo me mira. Sabe que tramo algo, pero, aun así, decide ir a casa de su amiga acompañado de Albert para traerla de vuelta, creyendo que, con ella, Alex estará dispuesto a marcharse de allí y escapar de mis redes.

Cuando el grupo de artistas se va, Alex y yo nos largamos de allí. Lo convenzo para ir a mi casa, diciéndole que puede dormir la mona en el sofá cama. Pero, en vez de eso, lo llevo a un hotel. Directamente a la suite que reservé. Le digo que ya hemos llegado, y él solo ve luces y colores. Está tan borracho que no se da cuenta de nada. Cae de golpe sobre la cama y, para mi sorpresa, se queda dormido como un tronco. ¡Más dormido que la Bella Durmiente!

Me enfado tanto, que siento la cara ardiendo, a punto de echar humo por las orejas. Pero no pienso rendirme. Aunque no tendré la noche de placer que esperaba, sigo con mi plan. Me pongo un picardías, que me queda espectacular, coloco el móvil de Alex en una estantería —asegurándome de que graba bien la cama— y me pongo manos a la obra. Lo desnudo, me quito el picardías y entrelazo nuestras manos. Fingiendo la mejor actuación de mi vida, como si estuviéramos rodando *50 sombras de Grey.*



Capítulo 5

Ninguna estrella está sola

3 de octubre de 2009

Estoy de los putos nervios: el móvil de Alex no para de sonar y, por si fuera poco, un aluvión de SMS me tiene fritita. Joder, la he cagado a base de bien. ¿Ahora qué hago? Eli está en el hospital por mi culpa, esto se me ha ido de las manos. Yo no quería hacer daño a nadie. Vale, sí, pero solo quería que rompiesen, porque Alex es mío y no de esa maldita zorra que está en coma.

¡JODER!

Ya puedes resucitar de entre los muertos, me cago en todo. La única que tendría que estar muerta soy yo.

Alex se despierta. Dejo atrás mis pensamientos y le tiro la ropa a la cara para que se espabile. Tenemos que ir corriendo al hospital y salir del hotel antes de que se espabile.

Cuando termina de ponerse sus jeans Levi's, le agarro del brazo y lo dirijo al ascensor. No tarda mucho en colocarse la camiseta, el tiempo justo para salir del ascensor. Le tiro su chaqueta de cuero marrón. No es tonto, se ha dado cuenta de que no estamos en mi estudio, pero me haré la longui si me pregunta. Ahora lo único que me interesa es llegar a toda leche al hospital y que la canija no la haya palmado... *ella no...* Otra vez esa vocecita se apodera de mis pensamientos... y la oscuridad se cierne sobre mi mente.

Pido un Uber y le entrego el móvil a Alex. Solo he leído los SMS desde fuera, para que no se diese cuenta de que los he revisado.

—¡¿Qué?! —Alex pega tal grito que casi me deja sorda.

Tiene la cara lívida, como si hubiera desaparecido toda la sangre de su cuerpo hasta palidecer. Yo solo puedo maldecir el momento en el que se me ha ocurrido enviarle a Eli aquella foto en la cama con Alex.

—Bea, ¿tú sabías que Eli tuvo un accidente con su moto y está luchando por su vida?

Los labios me tiemblan y los ojos se me empañan. Joder, tengo un puto nudo en la garganta que no me deja hablar. ¿Y qué le digo? ¿Que sí, que lo sé, que todo esto es por mi maldita culpa, por comportarme como una niñata engreída que solo lo quería para mí y que, cuando se entere de todo, lo perderé para siempre? Le miro un instante y giro la cabeza, abro la ventana y miro al horizonte, a un punto indefinido, a la nada.

—Sí —intento serenarme para contárselo, mientras mi mirada sigue perdida mirando el cielo—, en cuanto me he enterado, te he despertado para ir a verla.

—Pero este no es tu barrio. ¿Dónde hemos pasado la noche?

Lo que me temía la preguntita del año. ¿Y ahora que me invento yo?

—Anoche íbamos tan borrachos que pedí un Uber y le dije al conductor que nos llevase al hotel más cercano. Había perdido las llaves de casa y no iba a ponerme a buscarlas en el recinto.

—¿Y por qué no fuimos a mi casa? Así te hubieras ahorrado el hotel.

Ya estamos con la preguntita del millón. Porque no, porque yo lo que quería era urdir un plan y acostarme contigo para que fueses mío, y en tu casa o en la mía no hubiéramos estado solos. Por eso. Obviamente, no se lo dije.

—No sé, Alex, estaba cansada, y ahora no tengo ganas de hablar. Solo quiero llegar al hospital y ver a Eli.

Alex me agarra la mano con ternura, pero le suelto enseguida. Me siento mal conmigo misma y ese gesto de cariño me hace sentir peor, más culpable si cabe. Una vocecilla en mi cabeza empieza a susurrarme cosas...

Eres mala. Vas a perder a todas las personas que te quieren Ha muerto por tu culpa, como aquella vez.

—¡NO! —grito en voz alta sin darme cuenta.

Alex pega un brinco sobre el asiento y me acaricia la pierna. Esta vez necesito que me arrope, necesito sentirme viva y que esa voz no se apodere de mí. Le necesito más que el aire para respirar. No quiero quedarme sola en este mundo o desaparecerá... algo que debería haber hecho aquella gélida mañana cuando mi mundo se vino abajo.

Unos minutos después...

—Venga Bea, ya hemos llegado, ¡sal!

Tengo las piernas paralizadas, no puedo moverme, pero no puedo quedarme allí sentada para siempre. Venga, Bea, tú puedes, Eli te necesita.

Ríndete, Bea, eres dañina para todos. Solo consigues que la gente que te rodea muera.

Agité la cabeza, como si pudiera sacudirme los pensamientos y acallar esa vocecita que me atormentaba. Yo soy buena, soy un ser de luz y no me dejaré llevar por las tinieblas.

Alex me agarra del brazo y tira de mí. Sale corriendo hacia la puerta del hospital mientras yo me dejo llevar, mientras me arrastra.

En recepción, la mujer de información nos pregunta si somos familiares, obviamente, Alex tiene que mentir y decirle que somos sus hermanos, o de otro modo no nos diría en que habitación está.

Llegamos a la habitación y allí está Eli, conectada a unas máquinas de soporte vital que la mantienen con vida.

Ver esa imagen me derrumba... Eli con los ojos cerrados, con una bata azul y un grueso tubo en la boca.

Salgo de la habitación con una mano en la tripa, el estómago revuelto. Me siento fatal al ver esa estampa que yo misma he provocado. Alex no me va a perdonar en la vida.

Voy directa al baño y me mojo la cara. Miro mi reflejo en el espejo y veo a una Bea distinta a mi yo con trece años. Aquella mañana en la que se desató aquel infierno.

Otra vez aquellos pensamientos me invaden y no me dejan respirar. ¿Y si tienen razón y todo aquel que me rodea muere por mi culpa?

Vuelvo a mojarme la cara e intento mantener la mente en blanco. Necesito a Alex. Me dirijo a la habitación y le veo agarrando la mano de Eli y susurrándole cosas al oído. Aproximé una silla a su lado y coloqué mis manos con la de ellos. Al hacerlo, una sensación extraña me embarga, yo no debería estar aquí, soy la causante de todo.

Un pensamiento enturbia mi mente, *yo no debería existir, me tendría que haber ido de este mundo aquel funesto día.* La que se merece vivir es Eli, así que llévame a mí y déjala vivir. ¿Me oyes, universo? Solo te pido una cosa antes, dame diez años, solo te pido eso. Cuando cumpla veintiocho años te entregaré mi alma. Pero antes quiero vivir, quiero amar y ser feliz al lado de Alex. Te entrego mi vida a cambio de que le devuelvas la vida a Eli.

Cojo una libreta que hay sobre la mesa y me corto el dedo pulgar, sin que Alex se percate. Tiré las llaves detrás de Alex y, con la misma hoja, le rasgo el dedo pulgar a Eli. Junto nuestros dedos ensangrentados para sellar el pacto y digo en susurros: *(sangre por sangre, una vida por otra, haz que resurja y vuelva a la vida a cambio de la mía).*

Le apreté la mano y Alex se volvió para mirarme extrañado, por suerte, no se ha percatado de mi pacto con el universo.

Una mujer entró sollozando. Yo salí detrás de ella y me quedé en el resquicio de la puerta mirándola. *Venga, universo, Dios, Nornas, que jugáis con el destino que no está escrito... haced que Eli vuelva a la vida. Llevadme a mí, pero salvadla a ella.*

El cuerpo de Eli se movió hacia arriba, como si la hubieran metido una descarga con el desfibrilador.



Capítulo 6

Era tu historia se cruzó con la mía

28 de octubre de 2009

Estoy surcando el mar Cantábrico, pero no viajo sola, Eli y Alex me acompañan, ellos comparten unos auriculares, cómo no. Alex se rinde al abrazo de Morfeo y duerme plácidamente en el hombro de Eli, mientras ella es incapaz de pestañear de lo tensa que está. Me hace gracia verla como una estatua, tan rígida, pero me alegra al menos verla con vida.

Mientras que yo estoy en el asiento de al lado, con el pasillo de por medio, compartiendo espacio con un extraño un tanto peculiar que lee 49 vueltas al sol. Tendrá unos cincuenta años, una barba recortada con mimo, media melena en la que se ve aflorar las canas que reflejan su edad. Él también lleva unos cascos, me gusta la canción que escucha <<Stand by me>>. Qué pena que no tenga unos auriculares, sino le pediría compartirlos, aunque me tomaría por loca. Intento asomarme a ver si consigo leer, creo que me lee la mente porque apoya el libro en su regazo inclinándolo hacia mí.

Vale, la discreción no es mi fuerte.

Siento que gracias a él esta hora será más amena de lo que pensaba. A su lado hay una mujer, es preciosa, tiene el pelo largo ondulado, lleva gafas al igual que él. Reclina su cabeza sobre el hombro de él. Así es como me gustaría verme a su edad. Sigo leyendo la historia: trata de un joven adolescente un tanto peculiar. Qué curioso, parece como si contara la historia de Alex... El tiempo pasa volando y llegamos a Edimburgo.

Él cierra el libro y yo le sonrío, me devuelve la sonrisa y veo como escribe una frase en la primera hoja:

Nunca dejes de soñar. Los sueños a veces se hacen realidad.

Raúl Reyes

Me entrega el libro y yo no sé qué decir, quiero seguir leyéndolo, así que lo acepto. Hago el amago de buscar mi cartera, ya que no puedo aceptarlo sin más, pero él hace un gesto con la mano.

—Será un placer que mi historia forme parte de la tuya.

Se lo agradezco y se aleja junto a su mujer. Veo cómo la mira, como si fuera todo su mundo. Algún día quiero tener un amor así de bonito. Vuelvo a la realidad y veo cómo Alex mira a Eli como si no existiera nada ni nadie más en el mundo.

Ya no siento rabia ni celos. Me alegra que Eli esté viva, no podría haber asumido esa culpa y también me alegra que estén juntos. Después de todo lo que ha vivido Eli, se merece ser feliz, y no conozco a nadie en el mundo que pueda hacerla más feliz que Alex. Se quieren de verdad, y yo no voy a entrometerme en su felicidad.



Alex y Eli, al bajar del avión, se entrelazan las manos. Ella casi vuela, baja del avión como si la persiguiera el mismísimo demonio, solo le ha faltado tirarse de la rampa como si fuera un tobogán.

Ya en tierra, se funden en un abrazo lleno de ilusión y alegría, y yo quiero formar parte de ese momento tan mágico, así que no dudo ni un segundo y me uno a ellos, estrujándolos, algo que me divierte. Alex me rodea con el brazo, sin embargo noto a Eli tensa e incómoda, así que me aparto enseguida. Después de todo lo que ha pasado por mi culpa, no me extraña que se muestre reticente conmigo.

Tras recoger nuestro equipaje, nos encontramos con la madre de Alex. Él suelta la maleta y sale corriendo en cuanto cruzamos las puertas de cristal. Se funde en un abrazo con su madre y la alza en el aire, ambos rebosan felicidad.

Eli se acerca hasta ellos con una amplia sonrisa dibujada en la cara. Saluda con un tímido beso en la mejilla cuando la madre de Alex se gira hacia ella. Se la ve hecha un manojo de nervios. Es verdad que la madre de Alex es una mujer que impone mucho, tiene la belleza de su hijo, o mejor dicho, él ha heredado la belleza de su madre. Tienen los mismos ojos avellana, aunque de lejos parecen más grisáceos, e igual de bonitos. Si no fuera por algunos surquitos en torno a los ojos, podría pasar por su hermana y no por su madre. A diferencia de él, su cabello es pelirrojo. Lleva unos botines marrones, una falda de tablas hasta las rodillas y una camiseta de tirantes bajo un suéter finito. Es tan alta como yo, parece una muñequita de porcelana, tan pequeña y frágil.

—Qué bien te conservas, Jane.

—Gracias, bonita, tú no estás nada mal.

Las veo reír mientras yo me mantengo a cierta distancia, como si fuera la cámara que rueda la escena de una película para inmortalizar el momento. Veo como se ríen relajadas, como dos amigas que se acaban de reencontrar.

Jane se acerca a mí y me abraza, me acaricia el rostro y me besa con ternura la cara. Después de aquel bello reencuentro, se gira y nos guía hasta el coche. Agarra del brazo a su hijo y luego a Eli. Yo les sigo, pero mantengo las distancias. Me gusta ser la que contempla la escena.

Llegamos al coche y dejamos el equipaje en el maletero. Alex se sienta delante y, antes de conducir, pone su playlist de youtube. Mientras escuchamos *«You will never walk alone»,* de Gerry and the Pacemakers, llegamos a Newcastle Upon Tyne, donde sus abuelos tienen una casita a las afueras.

Su abuela Isabel está en la mecedora del porche leyendo la novela *Orgullo y Prejuicio,* de Jane Austen. Su abuelo Henry lee el periódico mientras cabecea. Alex corre a estrechar entre sus brazos a su abuela. Grabo esa estampa idílica en mis pupilas.

—Alexander, hijo mío, qué guapo estás.

—Tú sí que estás guapa. Quién te ha visto y quién te ve, si pareces mi madre en vez de mi abuela.

La coge de la mano y la hace girar sobre sí misma mientras la piropea.

—Henry, despierta, que ha venido a verte tu nieto favorito, el chico más guapo del mundo entero.

—Eso lo dices porque soy tu único nieto, ja, ja.

Henry lo estrecha con todas sus fuerzas entre sus brazos. Jane le da un golpecito a Eli en la espalda para animarla a saludar. Hace mucho tiempo que no les veo. Si estoy quieta delante de ellos no es porque me dé ningún corte saludarlos, sino porque prefiero grabar en mi retina aquel bello instante. Ojalá pudiera inmortalizarlo en un cuadro de acuarela. Aquellos cinco bellos rostros reflejan la más bella y pura felicidad. Cuando Isabel y Henry se percatan de la presencia de Eli, la bombardean con un aluvión de besos.

—¿Quieres ser mi nieta? —dice Henry entre carcajadas.

—¿No lo soy ya? Os quiero tanto como si fueseis mis propios abuelos.

Me cuesta acercarme y romper la magia del momento, pero Alex, que se ha dado cuenta de mi timidez, me acerca hasta sus abuelos, y ellos, como cada año, me inflan a besos y abrazos. Han formado parte de mi vida desde aquel desolador día.

—Dejaros de tantas muestras de cariño y vamos adentro, junto a la estufa, o se nos llevará el viento —dice Jane mientras abre la puerta y con el brazo estirado nos invita a entrar—.

En Edimburgo la gente es muy agradable y los parajes son preciosos, pero el viento arrecia y hace un frío del carajo.

Es una casita de una planta, como sacada de un cuento. Por dentro, las paredes están recubiertas de madera y cuelgan de ellas puzles de paisajes. Salvo uno que preside el salón, y me alegra que sea el objeto central de la estancia. En el puzle convertido en cuadro se refleja el amor que se tienen aquellos cuatro miembros de la familia, sentados en la escalera del porche, mirándose unos a otros con una sonrisa dibujada en cada rostro. En el pie de la foto hay un cartelito:

«Gracias por haberme acogido como una más de la familia». Beatrix.

Aún recuerdo el día que hice aquella foto: fue el primer verano que pasé con ellos. El primer verano en el que volví a sentirme feliz después de perder a mi familia. Aunque, en realidad, ellos ya lo son.

Cuando estamos sentados tomándonos un té para entrar en calor, casi a oscuras, como única luz las brasas de la estufa de la chimenea, escuchamos el repiqueteo de la puerta abrirse.

—¿Hola? ¿Hay alguien?

Una voz melosa grita mi nombre desde la entrada. Todos nos miramos perplejos a la vez que sorprendidos cuando Alex se levanta y se marcha a su habitación. Nos quedamos mirando la escenita; un hombre de unos cuarenta años, con aspecto de leñador, se asoma por la puerta y Jane lo invita a entrar.

—¡Papá! —corro hasta él y lo estrecho entre mis brazos. Él me alza y damos vueltas sin parar. —¡Qué alegría verte! Pensaba que estarías en uno de tus viajes firmando libros con tu editora, por el mundo entero.

—Cariño, mi prioridad en la vida siempre vais a ser tú y Alex.

Sé que os acabo de arrojar un cubo de agua helada... Es una historia muy larga de contar. En resumen, él es mi padre adoptivo y el verdadero padre de Alex. Ya os lo contaré más adelante.

Jane hace el amago de toser y se acerca a nosotros.

—Familia, ¿os avisé qué hoy vendría Víctor a darnos la bienvenida? —les digo sonriente.

El silencio se apodera de la estancia y el frío de nuestros cuerpos.

Los abuelos de Alex no hacen ni el amago de levantarse para saludarlo, simplemente lo miran a los ojos y asienten con la cabeza. Así que me dispongo a presentarlo a Eli. Ella al menos finge una cálida sonrisa que se esfuma en cuanto mi padre se aleja. De sopetón me abraza —por no decir que quería estrangularme o asfixiarme con aquella fuerza e ímpetu—. Sutilmente me susurra al oído:

—Alex es mío, y no pienso compartirlo, ¿me oyes? Olvídate de él o acabaré contigo, aunque sea lo último que haga. Si crees por un instante que voy a renunciar a Alex para que tú seas feliz a su lado, lo llevas claro. Si quieres guerra, la tendrás.

Trago saliva. ¿Qué se ha fumado esta tía? ¿Pero que se cree, que me voy a debatir en duelo por un hombre? JA. No me asombra para nada su "cálido" recibimiento. ¿Y para esto vuelvo a Edimburgo? Para lidiar constantemente con ella. Qué amargura me da.

Mi padre me invita a irme con él, pero prefiero quedarme un ratito más. Así que en cuanto él se marcha, Alex vuelve a hacer acto de presencia. Me mira perplejo, al vernos a mí y a Eli en cada punta del sillón. Tal vez piensa que, tras lo ocurrido después del concierto, Eli no tendría ninguna gana de verme y saludarme. Y en verdad no se equivoca, pero no me sirve de nada, montar una pataleta de niña malcriada delante de la familia de Álex.

—¿Quieres tomarte un té con nosotros? —me invita Jane.

—Sí, gracias.

—¿De manzana con canela, endulzado con miel?

—Qué bien me conoces —sonrío. Al menos Jane no me guarda rencor después de todo lo que sufrió con mi padre por quedarse conmigo.

Henry e Isabel se van a la cama. Jane y Eli recogen la cocina mientras Alex y yo escogemos una película de sábado noche que echan en la televisión por satélite. Ponemos *Serendipity.*

Nunca nos cansamos de verla, es una oda al amor verdadero, si crees que esa persona está destinada a estar a tu lado, lo estará tarde o temprano.

Yo me acerco a la cocina para coger un vaso de agua y escucho murmullos venir del otro lado.

—Eli, ¿qué sabes de Bea? ¿O mejor dicho, qué te ha contado Alex de ella?

—Pues... que iban juntos al campamento desde niños, que son buenos amigos, inseparables, y que fueron novios hasta que lo dejaron porque Bea se veía con otro chico del campamento, si mal no recuerdo con Diego.

—Ajá. ¿Solo eso?

—Y que Bea es como su hermanita pequeña.

—¿Nada más?

—Que yo recuerde, solo eso.

—Voy a preparar una manzanilla para mí, y a ti te haré una tila. Tenemos mucho de lo que hablar y poco tiempo para hacerlo hasta que esos dos nos echen en falta.

—¿Y eso? ¿Qué sucede?

—El padre de Alex es el padrastro de Bea. No son hermanos de sangre, pero mi exmarido adoptó a Bea por petición de la última voluntad de su madre. Los padres de Bea, junto con su hermano, murieron en un trágico accidente. Eso le causó un trastorno severo de personalidad en Beatrix, bipolaridad. Dicen que mientras se medique puede llevar una vida normal, pero si no lo hace puede autolesionarse o lastimar a alguien. A veces roza la esquizofrenia, no percibe las cosas como nosotros, vive en un mundo paralelo en el que todo el mundo está en su contra y quiere arrebatarla lo que según ella le pertenece.

Me cago en la puta. Así que oficialmente estoy loca. Y por eso escucho voces en mi cabeza. Joder así que no son vitaminas por tener la piel tan blanca al no poderme dar el sol, sino una puta droga para estar cuerda.

—Cuando le dije a Bea que no podía salir con Alex como pareja, solo como amigos, porque son hermanastros, ella decidió salir con otros chicos y distanciarse de él. Alex solo sabe que su padre nos abandonó cuando él tenía ocho años. Ambas decidimos no contarle para que no sufriera más, que la madre de Bea y su padre eran amantes. Ya bastante lo odia, por abandonarnos. Y si lo traga a duras penas, es porque cree que acogió a Bea por ser nuestra vecina. Pero desconoce el motivo verdadero. Bea en el fondo sigue amando a Alex, y le duele no poder hacerlo como a ella le gustaría. Te lo cuento para que sepas que el vínculo que tienen es muy fuerte, casi inquebrantable.

Jane se queda fijamente mirándola como si pudiera adentrase en su mente. Ha debido de ser duro para ella que la hija de la mujer por la cual le abandonó su marido, ame a su hijo.

—Empezaré por el principio para ponerte en situación. Hace veinte años, una pareja de maestros de la escuela del pueblo querían tener hijos. Ellos eran como parte de la familia, éramos como hermanos, nos habíamos criado juntos, éramos inseparables. Cloe y yo, nos quedamos embarazadas en el mismo año. Lo que nadie se esperaba, es que ella fuese a dar a luz a gemelos, Beatrix y Paul. Durante aquellos años fue una etapa mágica, llena de felicidad.

Jane levanta la mirada de la taza, y hace una pequeña pausa escrutando los pensamientos de Eli mientras le sostiene la mirada.

—Aún no te he contado un pequeño detalle.

Eli solo puede asentir con la cabeza. Intuyo que lo peor está por llegar, siento un nudo en mi garganta que me oprime.

—Bea cree que Paul no murió y a veces la ves hablando sola con él, en las noches de tormenta.

»Ni que hablar sola en voz alta fuera un síntoma de locura.

Jane la mira fijamente a los ojos para ver su reacción.

—Beatrix perdió a su familia cuando cumplió trece años. El día de su cumpleaños iban en el coche de camino a un restaurante para cenar juntos en familia. Cloe le había pedido el divorcio a Charles esa misma mañana tras confesarle que estaba enamorada de mi marido William, desde hace tiempo y que vivían una aventura. Iban discutiendo en el coche, Bea solo sabía llorar y Paul gritaba que parasen, cuando en una intersección de carretera el coche de delante en vez de seguir y unirse a la carretera principal, frenó en seco. Y el coche que iba detrás de ellos los arrolló al intentar adelantarlos. Como Bea iba echa un ovillo se salvó milagrosamente, gracias a su hermano que la protegió con su cuerpo. Todo esto me lo contó Bea cuando empezó a salir con Alex.

No puedo evitar que mis ojos se empañen de lágrimas y surquen mi piel al recordar ese día.

—¿Y Bea vive sola? —pregunta Eli.

—No. Vive con mi ex marido, el padre de Alex. Cloe y mi marido eran amantes desde muy jovencitos y lo mantuvieron en secreto durante toda su vida, hasta el día del accidente que se destapó todo el pastel. Los padres de Cloe no veían con buenos ojos la relación, ya que eran de clases distintas. Mi ex marido era el hijo de los guardeses de la mansión familiar de Cloe cuando era jovencito. Por eso Cloe se casó con Charles, porque sus padres le organizaron contra su voluntad un matrimonio concertado.

Me siento confundida a la vez que apenada. No puedo creer por lo que Jane ha tenido que pasar.

—Guárdame el secreto. Alex no sabe nada. Es mejor que vayas instalándote en la habitación de Alex, él dormirá aquí, en el sillón.

Me giro sobre mis pasos y desaparezco rápidamente antes de que me pillen espiándolas, adentrándome en la oscuridad del salón, cuya única luz es el brillo que emite la televisión. No puedo dar ni un paso más, ahora entiendo lo que me pasa y porqué escucho voces en mi cabeza que nublan mi juicio. Me siento de golpe en el sillón más cercano, abrumada con aquella noticia. No puedo dar crédito a que mi padre me haya estado ocultando algo tan importante toda mi vida.

Jane regresa con dos tacitas en las manos. Deja mi taza sobre la mesita que hay frente al sillón y Eli pega un sorbito a la suya mientras se aclara la voz.

—¿Luego vienes a darme el beso de buenas noches?

—Por supuesto, en cuanto me ponga el pijama voy a verte. Deja la puerta abierta y la luz apagada, así sabré que te vas a dormir.

—Vale.

Me tomo el té de canela rápidamente y le pido a Alex que me acompañe a mi casa. No me siento a gusto en estos momentos sabiendo que mis padres les han causado tanto dolor a Jane, y yo a Alex y a Eli.

—Bea, ¿por qué no te quedas esta noche con nosotros? Puedes avisar a tu padre desde el fijo de casa.

Acepto encantada, con una sonrisa. Después de todo lo que ha pasado, no quiero alejarme de Álex. Hago un amago de ir a la habitación de Alex para cogerme una camiseta como pijama, pero al salir por la puerta me quedo escuchando la conversación que él mantiene con su madre.

—Mamá, ¿le ha pasado algo a Eli? La he visto sollozando.

—Imaginaciones tuyas. Se habrá rascado los ojos del sueño que la ha entrado.

—Será eso... ¿Me das un beso antes de irte a dormir?

—Pensaba que, con lo mayor que te has hecho, ya no querías mis besos de buenas noches.

—Aunque me haga muy mayor, siempre voy a querer tus besos.

Al dejar de oír sus voces, me asomo como buena cotilla que soy y contemplo la escena. Jane lo estrecha entre sus brazos y le da un beso sonoro, cargado de sentimientos. Sabe de sobra que pronto echará a volar fuera del hogar. Tras ver aquello, siento una punzada de nostalgia. Salgo afuera a que me dé un poco el aire. Cojo la manta de la mecedora de Isabelle y me siento en la escalera, apoyando la espalda en la columna. Allí, sin pensar en nada, contemplo las estrellas.

Alex me sonríe al verme y le indico con la mano que se acerque a mi lado. Apoyo mi cabeza en el hombro de él y me rodea con su brazo la cintura. Nos quedamos así un buen rato sin decir nada. Ambos sabemos de sobra lo que piensa el otro. Los dos estamos preocupados por Eli, pero por motivos diferentes.

—Después de lo que ocurrió tras el concierto, te habrás dado cuenta de que Eli no quiere verte ni en pintura.

»¿Acaso lo dudaba?

—Preferiría pasar este tiempo los dos solos, antes de que te vayas a la universidad e irremediablemente, tengamos que separarnos. No sé a qué quiero dedicarme...algo relacionado con la fotografía, ser reportera fotográfica tal vez. No sé, algo que me permita viajar y ver mundo.

—Me parece una buena idea, tal vez me anime contigo.

Me da un empujoncito con el hombro.

De repente, alguien detrás de nosotros finge que está tosiendo para que nos percatemos de su presencia, me giro y veo a Eli con cara de pocos amigos. Me levanto y finjo un bostezo.

—Bea, si quieres puedes descansar en mi cama. Yo prefiero pasar la noche aquí afuera contemplando las estrellas.

—Quédate con la manta. Disfruta de la noche Alex.

—De eso se trata —Eli sonríe satisfecha al irme de allí.

Y yo, como no lo puedo remediar, acerco el sillón de Henry lo más cerca que puedo de la puerta acristalada del porche. Tengo que mirar en San Google si existe un grado de cotilla nivel maruja que llegue a ser TOC. Lo mío no es normal. Pero no quiero perderme nada de lo que dicen de mí.

—Te juro que no entiendo cómo puedes tener en tu casa a Bea y, por si fuera poco, encima la invitas a dormir en tu cama.

—Es mi amiga de la infancia y perdió a sus padres en un trágico accidente, por eso los veranos los pasa en mi casa. Dentro de un par de semanas ella se irá a New York a estudiar fotografía.

—¿Cuándo te ha dicho que se va a New York?

—No hace falta que me lo diga, simplemente lo sé. Los mejores fotógrafos se mueven en ese mundillo. Y ella aspira a ser la mejor, es muy ambiciosa.

—¿Y no podrías verla en su casa? Mientras que yo no la vea, a mí no me incomoda que estés con ella.

»JA, eso no se lo cree ni ella.

Alex le da un beso cálido en la mejilla y señala las estrellas.

—Me gustaría que algún día os llevaseis bien y pudiéramos viajar los tres juntos.

»Si ella no intentase separarme de tu lado me parecería bien.

—Ahora lo único que me preocupa es superar la Selectividad.

—Cierto, pero en vez de ir a la universidad el año que viene, podríamos tomarnos un año sabático los tres para ver mundo antes de enfrascarnos cuatro años en una carrera.

—¿Jane lo sabe?

—No. Quería contártelo a ti primero. Sin ti, no me voy a ir a ningún lado.

—Un año sabático no suena mal. Pero antes de planear nada, me gustaría que se lo planteases a Jane y a Bea primero.

—Eso haré.

Alex la besa en la frente, se acerca a las mecedoras y coge el par de cojines que hay sobre ellas. Coloca la manta sobre el suelo del porche, y encima, los dos cojines.

—Si no tienes sueño, podrías hacerme compañía un rato.

—Pásame la manta.

Ella se acurruca a su lado, apoyando la cabeza sobre su pecho. Alex la arropa con la manta y se cubre así mismo hasta la cintura. Al rato, Eli se queda dormida mientras Alex contempla las estrellas. Sé que sus pensamientos lo abruman y no consigue dormir. Podría observarlo durante toda la noche, pero ha sido un día repleto de emociones, así que decido irme a dormir, aunque no pego ojo en toda la noche.

Por la mañana, me despierto la primera. Me gusta preparar el desayuno antes de que los demás se levanten. Mientras busco todos los ingredientes para preparar unas deliciosas crepes, Jane se acerca a mí y me da un beso en la mejilla.

—¿Qué haces, cariño?

—Me he levantado con hambre y me apetecía desayunar crepes. Ya sabes lo ricas que me salen, igual que las cookies. Pero veo que la despensa está vacía.

—Cuando Alex se va al campamento, nos gusta comer fuera. Hay un lugar encantador en el centro y la dueña es parte de la familia. Por eso no encontrarás nada más que infusiones en casa. Ahora le digo a Álex que vaya a hacer la compra. Si quieres, puedes acompañarlo y escoger los ingredientes para hacer ese rico desayuno.

Jane siempre me trata como a una hija desde... aquel día. Pese a que su marido la dejase por mi madre. La veo dirigirse al porche.

—Cariño, necesito que vayas a la tienda del pueblo para que compres: harina, leche, huevos, panela, pepitas de chocolate, mantequilla, queso y jamón york. Bea se ha levantado con ganas de prepararnos un festín, y yo no me negaré a probar sus delicias culinarias. Llévate esta bolsa de tela y mi riñonera, por favor, no la pierdas. Ah, y no despiertes a Eli, déjala dormir, la vendrá bien. Cuando volváis pasar por casa de Bea para que prepare las maletas y se quede con nosotros hasta Navidad.

—Eso está hecho.

Mientras Alex y yo preparamos el delicioso desayuno, Jane prepara una infusión y se sienta al lado de Eli. Yo contemplo la escena desde la ventana de la cocina. Jane intenta despertar a Eli, pero ella ni se inmuta. Pone algo de música ligera. No tardaremos mucho en preparar el desayuno y Jane quiere ponerla sobre aviso.

Al escuchar la música, Eli se gira sobre sí misma, pero no se despierta, solo da mil vueltas. Jane suspira desesperada, al ver a Eli haciendo la croqueta remolona. Sin saber qué más hacer, se pone a cantar, lo único que consigue es que Eli se tapa con el cojín la cabeza. Abatida, viendo que se la acaba el tiempo, Jane decide despertarla a toda costa: tira de la manta y del cojín hacia atrás y la zarandea por los hombros. Eli se despierta con muy mala leche.

—Mmm... ya voy.

—Ya voy no, ya.

—¡Vooooy!

Se incorpora resoplando, hasta estar sentada.

—¿Qué pasa, Jane?¿Ha ocurrido algo grave?

—Perdona, hija, pero quería hablar contigo a solas, y este es el único momento que tendré para poder hacerlo.

—¿Y Alex? ¿Dónde está?

—Preparando el desayuno con Bea. La he invitado a pasar unos meses con nosotros, hasta que pasen las Navidades. Espero que no te importe, tal vez tendría que habértelo consultado a ti primero, pero no quiero que pase sus días leyendo como único pasatiempo.

—Me parece bien... pero creo que me has despertado para decirme algo más importante que eso.

—Sí. Me gustaría que te quedases a vivir con nosotros. No solo hasta Navidad, sino hasta que termines los estudios universitarios en Edimburgo. Si aceptas, yo misma te llevaré a la facultad todos los días en coche.

—Te lo agradezco, Jane. Es un bonito gesto de tu parte. Pero tendría que pensarlo y hablarlo con mi madre antes de decidir nada.

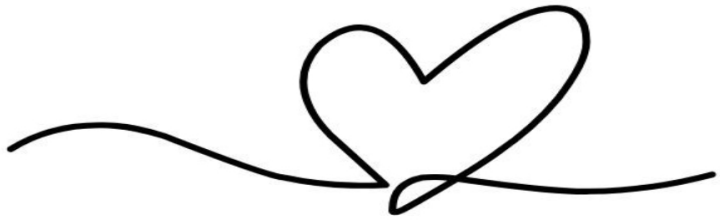
—Claro, por eso no te preocupes. Tu madre podrá venir las veces que quiera. Incluso puedo buscarla un trabajo por la zona y que se quede a vivir con nosotros.

—No lo sé... me gustaría pensármelo un tiempo. Meditarlo y hablarlo con ella. Quiero a Álex, pero no sé si quiero cambiar mi vida por él.

—Vale, lo entiendo. Tómate el tiempo que necesites. Y cuando hayas decidido quedarte o regresar a tu ciudad, me avisas.

—Eso haré.

Abrumada, Eli le da un fugaz beso en la frente y se marcha al interior. Alex y yo empezamos a jugar con la harina, le pringo toda la cara, mi pelo blanco no se distingue de la harina, parezco un copito de nieve. Así pasamos buena parte de la mañana, sin percatarnos de que Eli estaba contemplando la escena.



Capítulo 7

Fingir que somos amigos... y cuando no haya testigos... mi vida entera te daré... cuando nadie ve.

Mientras Alex y yo nos divertimos cocinando, el momento de alegría se interrumpe cuando empieza a sonar sin parar el móvil de Alex, que termina contestando al tercer pitido.

—¿Eli, eres tú?

—Sí, soy yo. He salido a dar un paseo. Quería hablar con mi madre por teléfono, pero me he alejado más de lo que pretendía y me he perdido.

—Vale, salgo a buscarte.

Alex cuelga el móvil tras darle unas indicaciones a Eli y nos pide a Jane y a mí que lo acompañemos.

—Bea, no salgas de casa sin echarte crema solar. Mientras, preparo la mochila de supervivencia.

—Qué exagerado, si solo necesitarás nuestro buen sentido de la orientación.

—Por eso mismo.

Los dos nos reímos.

Alex y Eli han acordado verse en la entrada del campamento, menos mal que está a unos 500 metros de la casa de los abuelos de Alex. La vemos sentada bajo un árbol, con las piernas abrazadas.

Cuando la ve, Alex echa a correr y se funden en un abrazo.

Ni que llevaran un siglo sin verse, por favor. Resoplo mientras contemplo la escenita. De repente no me encuentro bien, empiezo a sudar mucho y lo veo todo nublado...

Cuando me quiero dar cuenta, me encuentro en la cama de un hospital, mis ojos no tardan en cerrarse...



13 de julio de 2000

—Carlos, ya no sé cómo decirte que lo nuestro se ha acabado, ya no siento nada por ti, salvo cariño y respeto por el tiempo que llevamos juntos. Pero yo amo a Alexander y lo sabes. Él siempre ha sido el amor de mi vida.

—¿No me quieres? ¿No quieres a tus hijos?

—No es eso y lo sabes. Os quiero con toda mi alma, pero ya no siento lo mismo por ti, te quiero como al padre de mis hijos, pero no como mi compañero de vida. Tienes que entenderlo.

—Papá, mamá, por favor, parar, no veis que Beatrix está sufriendo.

Cloe mira a Carlos con un gesto de afirmación, él la mira suplicando que no lo deje. Y de repente un camión empieza a darles las luces largas. Lo último que escucho es el claxon del camión, la luz me ciega y no me deja ver nada.

Cuando reacciono e intento abrir los ojos, mi hermano y mis padres tienen la cabeza agachada. Un hombre rompe el cristal de mi ventana y me libera del cinturón que me mantiene presa. Pone su chaqueta en el marco de la ventana. Liberándome de aquella presión que me asfixia, vuelvo la mirada hacia mi hermano e intento señalarle para que también lo libere. No consigo ver a mis padres. Aquel hombre me lleva lejos y me sienta en el sillón del conductor del camión de bomberos. Intento zafarme de la chaqueta que cubre mi cuerpo para correr junto a mi hermano. Pero una sanitaria me inyecta sin previo aviso un relajante. Me quedo dormida antes de conseguir abrir la puerta.

Al despertar no veo nada, tardo en percibir lo que me rodea. Solo veo una pared blanca y nada más a mí alrededor cuando me levanto me doy cuenta que mis piernas no reaccionan estoy vestida con una bata blanca. No llevo ni ropa interior.

Intento desarroparme de la sábana que me tapa, pero mi mano tampoco quiere hacerme caso.

Intento gritar y llamar a mi hermano, pero solo me sale un breve balbuceo sin sentido.

Me agito inquieta, pero mi cuerpo no quiere obedecerme. Veo un mandito con un botón e intento atraparlo. Lo miro fijamente e intento conducir a mi mano, pero no lo consigo. Me inclino para darle con la cabeza, mi cuerpo se cae por el peso al suelo. Unas bolsitas enganchadas a mis venas, están tiradas a mi lado y eso hace que me tiré algo incrustado en mi mano. Mi frustración se convierte en lágrimas que me recorren la cara.

La actualidad…

Jane y Alex me llevan al hospital más cercano. Después de decirles el doctor que la metástasis me recorre todo el cuerpo, y que me quedaban días, tal vez semanas, decidieron quedarse a mi lado. Mientras que Eli decidió darse un paseo y volver a los alrededores del campamento, para evitar la ansiedad que la embarga, se siente culpable. En realidad, la culpa no la tiene nadie, simplemente he nacido siendo albina. Y un descuido va a acabar con mi vida. Por mucho que me advirtieron los médicos de evitar el sol, nunca les he hecho caso y así pasa...

Eli regresa al cabo de un par de horas, con dos mujeres, una de ellas es Isabel que se muestra visiblemente enfadada. La otra persona me quería sonar su cara pero no sé de qué. Pero Jane no tarda en aclaralo.

—Os presento a Victoria. Era mi niñera.

Alex se acerca para saludarla, mientras Eli y yo no miramos la una a la otra, sin entender nada. Es asombroso el parecido de ambas. Si no fuera por los surcos marcados por el paso del tiempo en la piel de aquella mujer, se podría decir que son hermanas gemelas. Bueno, y que aquella mujer tiene los ojos verdes y Jane los tiene color miel. Menuda coincidencia sería.

Al cabo de un rato, Alex y yo relatamos nuestras aventuras como campistas y monitores en el campamento New Castle. Como aquella vez que se dividieron por grupos y Alex se fue con el coordinador de los monitores, y casi muere atrapado en un pantano, a Jane casi le da algo al enterarse. Ella le lanza una miradita a Alex como diciendo "vuelve a poner tu vida en peligro y te mataré con mis propias manos, y olvídate de volver al campamento".

Tras darme el alta, Victoria nos invita a desayunar en su local y todos

aceptamos encantados. Aunque por las horas que son más que un desayuno era un brunch. Es una pequeña cafetería-librería llamada *Atrévete a soñar.* Las paredes están pintadas de blanco, decoradas con frases célebres y pinturas: dibujos pintados directamente en la pared. Se nota el estilo de varios artistas. Cada dibujo representa el significado de la frase o más bien su libre interpretación. Junto con el aroma a manzana y canela, aquel lugar te invita a pasar toda la tarde en el local sin moverte. Si no fuera porque estaría mal visto tomar un chocolate arropada con una mantita en un sitio público, sé de una que se quedaría todo el día allí.

Jane y Victoria hablan toda la mañana hasta la hora de la comida, cuando empieza a llenarse de clientes. Jane se ofrece a ayudarla, Alex, Bea y yo también nos animamos a echar una mano a Victoria. Es tan acogedor el local que, todo el mundo se siente como en casa. Por un instante fugaz, me imagino trabajando aquí el resto de mi vida.

Cuando el último cliente está atendido, nos sentamos mientras Victoria prepara una comida copiosa: con creps, muchos tipos de quesos, embutido, de acompañante unos ricos zumos y fruta variada.

Los cinco disfrutamos mucho de la velada. Cada vez que ven a alguien entrar, Jane y Alex se levantan enseguida para ayudar a Victoria. Mientras que Bea y yo los observamos con detenimiento; cada gesto y cada movimiento. Cómo, al pasar junto a alguien, los tres colocan la mano derecha detrás de la espalda y se giran de lado para dejar pasar a los clientes. Cómo sonríen de medio lado después de servir un plato. Pequeños gestos que los tres realizan de la misma manera.

Esta observación no pasa desapercibida ni para Bea ni para mí. En cuanto nos damos cuenta de ese detalle, a ambas se nos viene a la mente la misma idea. Ninguna de las dos podemos aguantarnos las ganas de decirlo, nos miramos y al decir el nombre de la otra a la vez, nos levantamos de un salto y apoyamos las manos en la mesa. Por un momento, la rivalidad entre ambas se ha esfumado.

—¿Te has fijado en que Jane, Alex y Victoria hacen los mismos gestos?

—Bea, ¿tú también te has dado cuenta del parecido entre Jane y Victoria?

—Tal vez Victoria sea su prima o tenga algún parentesco con Jane.

—¿Tú crees, Bea? ¿Deberíamos contárselo a Alex?

—¿Y qué le decimos? ¿Que Victoria y Jane se parecen? No sé... Tal vez sería mejor hablar primero con Jane y Victoria sin delatarnos. Algo casual. Cuando averigüemos algo, se lo contamos a Alex. Entre los tres sacaremos una conclusión.

—Yo preferiría contárselo a Alex y luego investigar juntos.

—Pero no te das cuenta, Eli... que si se lo contamos, irá en cero coma, a decírselo a su madre. Perderíamos el factor sorpresa. Se pondrían en guardia y no soltarían prenda.

—Vale... entonces, para que no puedan avisarse entre ellas, podemos hablar con cada una por separado al mismo tiempo, yo con Jane y tú con Victoria. Así no tendrán margen de tiempo para ponerse al tanto.

—Me parece una idea brillante, Eli. No sé cómo no se me ha ocurrido a mí antes. ¿Cuándo lo hacemos?

—Cuando se vaya el último cliente. Las ayudamos a recogerlo todo y aprovechamos para hablar sobre sus vidas.



Unas horas más tarde...

En cuanto el último cliente sale por la puerta y Victoria le da la vuelta al cartel para indicar que el local está cerrado, nos dirigimos a Jane y a Victoria para abordarlas por separado.

—Los fines de semana suelo abrir hasta las once de la noche —dice

Victoria—. Para que los jóvenes vean una peli o se diviertan en el Karaoke, lo voy alternando cada mes. Pero hoy es un día especial y hay que celebrarlo. Esta noche el local es solo nuestro. Pero, primero toca limpiar.

Todos nos ponemos manos a la obra. La situación es perfecta para nuestra estrategia. Eli y yo hemos hecho una lista de preguntas: si tienen hermanos, primos, tíos... Por su infancia, dónde crecieron, cómo se conocieron.

Pero, todo lo que conseguimos sonsacarlas es de lo más normal y previsible.

Ningún lazo que las una o que delate algún parentesco la una con la otra. Aun así, no nos damos por vencidas, ni mucho menos. Pasamos al plan B: contárselo a Alex, con la promesa de que no contará nada a su madre. Alex es más directo y menos sutil, pero a la vez más efectivo.

Durante el karaoke, cada vez que alguien canta Alex sirve un chupito de licor, solo que los de Victoria y Jane llevan alcohol y los nuestros de frambuesa sin alcohol. Con cada chupito, Alex lanza una insinuación a Victoria o a Jane, mientras Eli y yo distraemos a la otra.

—Victoria, ¿te has fijado en que Jane y tú tenéis la nariz redondita y chata?

Victoria palidece un segundo, pero se recompone enseguida para disimular.

—Pues no me había fijado, es cierto. Aunque la mía es más grande y redondita.

—Oye, mamá, ¿no te has fijado en que Victoria y tú, parecéis hermanas gemelas? Salvo por el color de ojos.

—Ahora que lo dices... llevo todo el día pensando que Victoria se parece más a ti que tu propia abuela. Salvo por el mal genio que tenéis ambos. Cuando te enfadas no hay quien te soporte hijo.

—Mamá, te hablo en serio.

—¿Y yo no? Lo único que sé, es que Victoria cuidó de mí desde que era un bebé, hasta que me fui a la universidad a estudiar magisterio. Luego ayudó a tus abuelos en la cafetería, hasta que ellos se jubilaron y ella asumió el traspaso.

—¿Y no te parece extraño el parecido?

—Ay no sé, hijo. Nunca le he dado la mayor importancia. En la vida hay gente parecida, sin ser... familia.

Jane tarda unos segundos en terminar la frase. Se queda mirando a Victoria con detenimiento. La que iba a ser la noche más divertida de la historia, se transforma en la más reveladora. Con una sola palabra, que queda suspendida en el aire... familia. Jane se sienta de golpe, cierra los ojos y se tapa la cara. Victoria, que no la ha perdido de vista ni un segundo en toda la noche, corre a su lado. Le pone la mano en el hombro y la mira a los ojos. Asiente con la cabeza.

—Lo siento, no podía contártelo. Te habrían separado de mi lado. Y nunca me habrían dejado verte.

—Perooo... tú... eres mi... ¿madre?

—Sí, Jane. Soy tu madre biológica.

Jane rompe a llorar. Victoria y Alex se sientan a su lado con la intención de consolarla, pero Jane se encoge sobre sí misma hecha un ovillo, apoyando su cara sobre las piernas que las tiene recogidas, rodeadas por sus brazos. Mientras llora a moco tendido como una niña.

Mientras tanto Bea y yo nos sentamos enfrente, con la duda de si deberíamos de permanecer calladas y aguardar, o sonsacar a Victoria toda la historia. No hizo falta esperar mucho tiempo.

—¿Quieres saber toda la historia, Jane?

Jane afirma con la cabeza. De la emoción que la embarga no puede hablar.

Victoria respira hondo y comienza su relato:

—Cuando tenía once años, me vine a esta ciudad desde Madrid para trabajar como niñera y enseñar español a los hijos de un terrateniente de mi pueblo natal, afincado en esta pequeña ciudad. Pero, más que enseñar español a sus hijos, tenía que hacer la comida y limpiar la casa. Solo me dejaban estar con los niños dos horas al día, tiempo en el que debía bañarlos, ayudarlos a vestirse y conseguir que se lo comieran todo. Cuando los niños crecieron y yo también, mis sentimientos hacia el hijo mayor cambiaron. Él tenía diecisiete años y yo diecinueve. En cuanto la madre se dio cuenta de cómo nos mirábamos, se lo contó a su marido y me echaron a la calle, sin ningún miramiento. Tras pasar el día sentada en un tronco, donde ahora está el banquito en el que os encontré esta mañana, busqué un refugio y vagabundee por las calles sin saber adónde ir, solo daba vueltas esperando a que amaneciese. Isabel, tu madre, al cerrar el local, me vio hecha un ovillo en el rellano de un edificio que se situaba justo enfrente de la cafetería. Me trajo un café caliente y se sentó a mi lado. Al contarla que me habían echado de la casa donde trabajaba, me invitó a entrar en su local. Como por la noche arrecia el frío, me sirvió una cena copiosa. Al terminar, me quedé dormida, tenía todos los huesos entumecidos por el frío que hacía en Edimburgo. Tu madre me acomodó en el banco y me arropó con una manta. A la mañana siguiente tenía un mandil, unas llaves y un vestido nuevo sobre la mesa junto a una nota que decía:

El mandil es el símbolo del contrato de tu nuevo trabajo como camarera en Atrévete a soñar, nuestra humilde cafetería. Las llaves son del apartamento de arriba, donde nos encontrarás a Henry y a mí acondicionándolo cuando te despiertes, para que sea tu nuevo hogar. Y el vestido es para que lo luzcas cada domingo cuando vayamos a misa y te vea tu joven enamorado.

»La vida me volvía a sonreír, pero no duró mucho tiempo. Cuando Peter cumplió dieciocho años, lo mandaron a la Universidad de Oxford. Se acabaron nuestros encuentros furtivos mientras los demás estaban en misa. Sus primeras Navidades tras irse a la universidad las pasó aquí y, el último día, vino a verme. Las palabras pasaron a ser caricias hasta dejarnos llevar por la pasión y el amor, te concebimos en mi apartamento. Peter cuando volvió en verano, no vino solo, se había prometido. Vino con una joven rubia aristócrata de Londres, estudiaba derecho con él en Oxford. Vino un día a verme, pero yo no quería verlo ni en pintura. ¿Cómo iba a decirle que estaba de seis meses? No puedes imaginar cómo me sentía en aquel momento. Tenía el corazón hecho pedacitos de cristal. Si no fuera por Isabel, que estuvo consolándome y haciéndome ver que no estaba sola en este mundo, sino que tenía que ser fuerte por las dos, no lo habría resistido. Peter vino a darme una carta, pero Isabel le dijo que me había marchado a estudiar magisterio a Estados Unidos, que me sacaría la educación secundaria para poder formarme como maestra y así tener una carrera. Nunca leí esa carta que vino a entregarme, ni quise ni pude leerla. No soportaba la idea de que me viera en mi estado, estando él prometido con otra mujer. Si su familia hubiera sabido que el hijo que esperaba era de Peter, te hubieran arrebatado de mis brazos para entregarte a su prometida. Te hubiera criado esa mujer, que solo sabía presumir de su vida acomodada. Isabel lo arregló todo para la adopción sin que nadie sospechase nada.

»En aquel entonces, Isabel tenía treinta años y todo el mundo sabía que ella y Henry deseaban tener un hijo, así que no levantaron sospechas. Te juro que fue lo más duro que he hecho en mi vida. Pero tuve la suerte de dar con Isabel y Henry, que me permitieron criarte a mi manera hasta que cumplieras dieciocho años y te marchases a estudiar a la universidad la carrera de magisterio. Te convertiste en esa mujer dulce y bondadosa que yo siempre quise que fueras. Cuando volviste ya estabas felizmente casada y poco después llegó Alex. Solo te veía cuando venías a la cafetería o cuando tus padres me invitaban a comer cuando pasabas los días con ellos.

—¿Y qué pasó con Peter? —preguntó Jane.

—Se fue a vivir a Londres con su mujer, tuvieron dos hijos varones. Nunca he vuelto a verle, tampoco he querido. Todo lo que sé de él desde que se fue a estudiar a Oxford lo sé gracias a Isabel, que le seguía la pista aunque nunca se lo pedí.

—Así que tengo dos hermanos... bueno, medio hermanos.

—Sí, pero si intentas buscarlos, ándate con ojo. A esa familia lo único que le importa en la vida es la reputación y el dinero. Seguramente te rechacen y no quieran saber nada de ti.

—Cabe esa posibilidad, pero me gustaría al menos conocerlos, ver si nos parecemos, saber cómo son.

—Si Peter no ha querido saber nada de mí en cuarenta años, dudo que se interese por mí o por mi hija. Ten cuidado, Jane.

Todos nos sobresaltamos cuando dice mi hija. Era el simple hecho de decirlo lo que hacía que todo su mundo cambiase. Nos despedimos y Jane, junto con los tres jóvenes, pusieron rumbo a la casa de los abuelos, no sin antes prometerle a Victoria que se verán con más frecuencia y dándole muchos besos y un fuerte abrazo entre todos.

Alex no quiere dejar a su madre ni a sol ni a sombra aquella noche, así que hacen acampada en el patio, junto al porche. No hablan mucho, solo contemplan las estrellas hasta que Morfeo los visita y caen rendidos en sus brazos.

Al día siguiente, Jane ya está buscando billetes para viajar a Oxford. Pero Alex, que es la voz de la razón, aporta un poquito de sensatez a todo aquello. No sabemos ni el apellido de Peter ni su dirección, para ir a buscarlo, y Oxford no es precisamente una ciudad pequeña en la que los vecinos se saludan por su nombre. Primero tenían que indagar un poco, antes de volar a Oxford en su búsqueda. No queremos molestar a Victoria, y mucho menos contarle nada del asunto a Isabel y a Henry, que bastante han sufrido del corazón en los últimos meses como para darles un disgusto y rematarlos. Así que debíamos averiguar, por nuestra cuenta, sin decírselo a nadie, el apellido de la familia de Peter.

Decidimos buscar un mapa e ir a visitar todas las casas más pudientes de la zona, haciéndonos pasar por campistas que informan sobre las actividades del nuevo curso. Esperamos encontrar una parejita de ancianos, pero en las tres casas que visitamos nadie supera los ochenta años. Al resultar nuestra misión nefasta, Alex prefiere aprovechar el verano y olvidarnos de todo aquello. Al fin y al cabo, Peter ni siquiera se había molestado en luchar por el amor que sentía por Victoria, mucho menos va a interesarse por una hija a la que no conoce hace cuarenta años.

Pero la vida nos tiene una sorpresa aguardándonos a la vuelta de la esquina.

Pasan los días y nadie menciona el tema, aunque Eli y yo intercambiamos de vez en cuando miraditas cómplices, como si pudiéramos leernos el pensamiento. No queremos dejarlo correr. Así que seguimos haciendo averiguaciones por nuestra cuenta. Cuando los demás están ocupados, las dos nos juntamos en secreto para poner en común nuestras pesquisas. Pero hay demasiados Peter en Edimburgo... y en Inglaterra.

Finalmente urdimos un plan: viajar a Londres y, desde allí, a Oxford. Me presentaré como candidata a estudiar en la universidad y, con un poco de suerte, mientras relleno la información de solicitud de acceso, intentaré acceder a los archivos o, al menos, recabar información.

De Newcastle Upon Tyne a Oxford se tardan cinco horas en coche. Acordamos no contarle el plan a Alex. Solo le decimos que queremos salir a dar una vuelta en coche.

Viajamos de Newcastle a Manchester y, después, a Oxford. Visitamos los monumentos más importantes de cada ciudad. Sin darnos cuenta, el lazo entre Eli y yo se va haciendo más fuerte.

Cada vez que Alex busca aparcamiento, no lo esperamos: vamos corriendo de un lado a otro. Alex acaba llamándonos para saber dónde nos metemos. En las fotos siempre salimos juntas y, al fondo sale Alex; a veces, incluso, solo se ve media cabeza. Con cada fotografía, su mirada parece apagarse poco a poco.

A Alex no le importa lo más mínimo salir en las fotos. Es más, le gusta vernos a las dos tan sonrientes y contentas. Sin embargo, en el fondo se siente desplazado, y esa sensación, sin darse cuenta, empieza a abrir una brecha en su corazón. Como el viaje dura cinco horas, no queremos demorarnos mucho en cada parada. Así que, tras diez largas horas de viaje, incluyendo desvíos y visitas, llegamos por fin a Oxford. Obviamente, cuando llegamos, no nos queda más remedio que confesar a Alex nuestro plan, aunque la versión resumida:

—Alex, nos apetece mucho ir a Londres, y visitar el Big Ben —empiezo yo.

—Sería una oportunidad ideal para mirar universidades para nosotros dos —añade Eli—. ¿Verdad que es una idea brillante, Bea?

Con esa mentirijilla piadosa ponemos rumbo a Oxford. No nos resulta fácil desviar la ruta de Londres a Oxford, pero con la excusa de visitar la famosa universidad y ver las plazas que tienen relacionadas con la enseñanza, llegamos a nuestro destino.

Eli empieza a darse cuenta de cómo el rostro de Alex se va entristeciendo. Así que intenta acercarse más a él y colocarlo en el centro de cada foto, abrazándole o dándole un beso en la mejilla para animarlo. Cuando llegamos a Oxford ya es de noche y estamos exhaustos. Precisamente por eso decidimos buscar un hotel, para pasar la noche, no fue nada fácil encontrar un hotel barato por la zona. Terminamos quedándonos en las afueras. No llevamos mucho dinero encima, porque Alex desconoce el verdadero plan: cree que es un viaje de ida y vuelta sin necesidad de pernoctar en ningún sitio. Eli tampoco tiene mucho dinero, solo lo justo para comprar unos *souvenirs* de recuerdo para su madre. Bea es la más precavida, pues su padre siempre le da una buena paga semanal por si necesita comer fuera algún día.

En resumidas cuentas, pedimos una habitación con dos camas. Lo lógico sería que Alex y Eli durmieran juntos por ser pareja, pero decidimos juntar las camas y dormir los tres juntos, con Alex en medio. Es nuestra primera noche juntos, el frio arrecia, así que nos juntamos mucho, tanto que casi podemos sentir el aliento del otro rozando nuestros rostros. Cuando Alex fue a darnos un beso de buenas noches a las dos. Eli no pierde la ocasión de entrar en calor, besa suave y cálidamente los labios de Alex. Alex la atrae hacia él y empieza a acariciarla el pelo. Eli se da cuenta de que me aparto, dándome la vuelta para dejarles intimidad.

A la mañana siguiente estamos radiantes de felicidad, a la vez que exhaustos. Tenemos que dejar la habitación antes de las nueve, así que nos pegamos una ducha rapidita y ponemos rumbo a la Universidad de Oxford. Y cuando todo parece ir como las mil maravillas, toda nuestra felicidad se esfuma en un segundo. Alex, al enterarse de que todo el plan es para averiguar algo sobre su supuesto abuelo, Peter, se coge un cabreo monumental. Tanto, que nos deja solas y se marcha de regreso a Newcastle sin ningún miramiento.



Eli y yo nos quedamos abatidas, desplomadas en el suelo. Sin ganas de nada, ni tan siquiera de hablar.

Dicen que cuando se cierra una puerta, se abre una ventana... Y justo entonces, cuando la desolación parecía absoluta, apareció lo inesperado: un hombre trajeado, madurito y atractivo, se planta delante de nosotras. Como salido de algún giro caprichoso del destino. Qué bella casualidad, pensaría después, al recordar aquel instante que lo cambiaría todo.

—¿Aún no habéis empezado la carrera y ya estáis alicaídas?

Eli empieza a sollozar.

—No es por eso —dice—, es por nuestra inconsciencia y nuestro ímpetu. Hemos herido y ofendido a la persona que más queremos.

El hombre nos tiende la mano para ayudarnos a levantarnos del césped, pero no reaccionamos, así que decide sentarse entre nosotras. Como a Eli apenas se la entiende lo que dice entre sollozos, soy yo quien le cuenta lo ocurrido a aquel extraño.

—Si os he entendido bien —dice él—, estáis buscando a un señor de unos sesenta años, el abuelo de vuestro amigo. Él os pidió que cerraseis ese capítulo de su vida, pero vosotras hicisteis caso omiso. Queríais sorprenderlo llevándolo hasta aquí para que se reencontrase con su abuelo.

—Eso es —respondo.

—Aún me queda un rato antes de ir a mi despacho. Os invito a desayunar y me contáis más sobre esa historia.

Mientras le relatamos nuestra versión de lo ocurrido, su expresión va cambiando: desde la seriedad más absoluta hasta el asombro, con un brillo muy especial se reflejó en sus ojos.

—Así que buscáis a un señor que fue criado por una joven niñera llamada Victoria, en la ciudad de New Castle Upon Tyne. Ambos tenían casi la misma edad, siendo ella dos años mayor que él. Se enamoraron el uno del otro, pero él se fue a la universidad a estudiar Derecho y se olvidó de ella, al prometerse con una jovencita rubia londinense. Como se casó, no volvieron a verse, y Victoria no le confesó que esperaba una niña de él. Si no he entendido mal, ¿esa sería la historia?

—Eso es, señor. Y no sabes cómo encontrarlo. Por eso hemos decidido presentar la solicitud de admisión para entrar en la universidad. Mientras se formaliza todo el papeleo, indagaremos sobre los estudiantes de aquellos años.

—No os hará falta —confiesa—, porque ese señor nunca ha olvidado a Victoria ni un solo día de su vida. Lo tenéis justo delante de vosotras. Me llamo Peter Little.

Eli y yo nos quedamos petrificadas. Cuando lo asimilamos, nos miramos con los ojos llameantes de felicidad y nos fundimos en un solo abrazo. Después de estar un ratito abrazadas, pegando saltitos y gritos. El hombre se levanta y nos sonríe.

—Lo siento, chicas, sois encantadoras y, me gustaría seguir conversando con vosotras un rato más, pero tengo que irme a trabajar. Aunque vuestro amigo esté enfadado, todo se solucionará, ya lo veréis. Y os ayudaré en todo lo que pueda. Esta es mi tarjeta, a la una, os espero en esta misma cafetería y os invito a comer mientras os cuento mi versión de lo que ocurrió hace cuarenta años.

Asiento con la cabeza y guardo la tarjeta en mi mochila. Como aún es temprano, decidimos dar un paseo por la ciudad. Visitamos la universidad de Oxford, la biblioteca, el jardín botánico, y luego el Museo de Historia Natural. A las doce y media estamos exhaustas, así que volvemos a la cafetería, a esperar al abuelo de Alex. Peter no tarda en reunirse con nosotras, la puntualidad inglesa tiene fama por algo. Lo primero que hace al sentarse a la mesa es pedir un batido de fresa para cada una, y para él, se pide un té negro con leche. Le pide a la camarera que le sirvan primero la leche y luego el té. Hablamos al principio de cosas triviales, como conocimos a Alex, lo que queremos estudiar, pero no me gustan los rodeos y decido ir al grano. Quiero saber su versión de la historia y porqué abandonó a Victoria si tanto la quería.

—Por dónde empiezo... —Peter suspira profundamente— Mis padres son muy conservadores, les preocupaban demasiado las apariencias. En cuanto descubrieron mi relación con nuestra niñera, me enviaron a estudiar a Oxford.

Yo estaba realmente enamorado de Victoria, pero era demasiado joven para dejarlo todo por amor, así que me fui a estudiar a Oxford. Cuando regresé aquel verano, fui a buscarla a la cafetería para pedirle que se fugara conmigo, porque yo la amaba y no quería casarme con una mujer a la que no quería en absoluto, solo porque mis padres deseaban relacionarse con la aristocracia londinense. Los dueños de la cafetería Atrévete a soñar, quienes cuidaban de Victoria, me dijeron que se había marchado del pueblo para perseguir sus sueños en Nueva York. Había conseguido una beca para estudiar secundaria con unas prácticas como secretaria al finalizar sus estudios. Aunque no me lo creí del todo, porque su sueño había sido ser maestra, no secretaria. Viajé a New York y la busqué en todos los colegios mayores donde podía estar estudiando la secundaria. Al cabo de dos días decidí regresar a mi pueblo natal para recabar información, no tenía dinero para mantenerme por mi cuenta en New York.

Cuando regresé a New Castle, me aguardaba en casa una reunión familiar
inhóspita. Una joven y sus padres conversaban con los míos mientras tomaban tranquilamente un té y decidían mi futuro sin consultarme nada. Mis padres habían pedido la mano de la joven a sus padres. No sé si era por temas de terrenos o de una disputa para resolver un conflicto familiar. Se trataba de un matrimonio concertado, sin amor. ¿Qué podía hacer yo? Apenas tenía dieciocho años.

Pensaba que la mujer que amaba se había fugado con otro joven y que aquella historia de que se había ido a estudiar secretariado era solo un cuento para alejarme de ella y obligarme a olvidarla. Precisamente por ese motivo de que me parecía tan inaudito que dejase de perseguir sus sueños de dar clases y convertirse Victoria en maestra, acabé aceptando la proposición.

Si hubiera sabido que Victoria estaba en nuestra ciudad y que esperaba una hija mía, habría luchado contra viento y marea por nuestro amor. Me habría puesto a trabajar para construir un hogar y habría sido inmensamente feliz con ellas, aunque renunciara a la fortuna familiar.

Podría haber sido el hombre más pobre del planeta, pero sin duda el más feliz y afortunado. Nunca la olvidé ni pude amar a otra mujer, siempre tuve presente a Victoria en mis pensamientos durante toda mi vida, desde el mismo instante en que la conocí.

Eli y yo nos miramos fijamente a los ojos y pensamos lo mismo: Victoria, Jane y Alex deben conocer la verdadera historia.

—Peter, ¿podrías acompañar a estas dos jóvenes e indefensas a New Castle? —pregunto.

—No veo por qué no. Pido un taxi al aeropuerto y cogemos el primer vuelo a New Castle —responde él.

Eli y yo estamos súper emocionadas, pero tenemos un pequeño problemilla, un detallito insignificante, todas nuestras cosas están en el coche de Alex... Solo llevamos nuestras riñoneras encima. Instintivamente revisamos cada una la nuestra y respiramos aliviadas al ver que llevamos los pasaportes: uno dentro de la funda de la cámara de fotos, y el otro dentro de la fundita de tela del móvil, junto con un fajo de billetes que nos sacan del apuro.



Capítulo 8

¿Quién te dijo esa mentira?
Que eras fácil de olvidar

Por la noche ya estamos de regreso en casa de Alex. Eli se encarga de llamar a Jane y yo llamo a la cafetería *Atrévete a soñar* para pedirle a Victoria que vaya a casa de Henry e Isabel.

Tenemos algo muy urgente que contarles, y es de tal envergadura que no podemos hacerlo por teléfono.

Cuando llegamos a la casa, Jane nos espera en el porche junto con Isabel y Henry. Se muestran cariñosos, a la vez que reticentes. Sus rostros pasan enseguida de la sorpresa al asombro hasta alcanzar el más absoluto desconcierto, en cuanto ven salir de un taxi a un señor mayor que se dirige hacia ellos. Eli se vuelve y sonríe, yo me acerco hasta el hombre y lo animo agarrándolo del brazo para que se acerque a ellos.

—Familia, os presento a Peter Little.

Al oír el nombre, los rostros de Isabel y Henry palidecen. Henry le estrecha la mano, tan rígido, como si se hubiese convertido en un ser de piedra. Jane sigue desconcertada, sin entender qué hace ese hombre mayor, con nosotras.

—Jane, si nos lo permiten tus padres, nos gustaría presentarte a Peter.

Jane, se me acerca y me susurra en el oído:

—No sabía que hacías de celestina.

Me echo a reír tanto que se me salen las lagrimitas.

—¡Qué va! Será mejor que te sientes. Tenemos una historia muy larga que contarte.

—¿De qué se trata?

—Faltan dos personas por venir. ¿Puedes decirle a Alex que salga? Es importante.

—Voy. Cuánto misterio os traéis entre manos, chicas.

Cuando Jane entra en la casa para llamar a Alex, me acerco a Henry e Isabel. Con sumo tacto les cojo cariñosamente de las manos y las junto entre las suyas.

—Isabel, Henry... Imagino que ya sabéis quién es este señor. Elísabet y yo no queremos romper esta maravillosa familia, pero pensamos que Alex, Jane y, sobre todo, Victoria deberían conocer la verdad.

Ambos se miran, embargados por la pena. No lo sé con certeza, pero por su mirada parece que pueden hablarse por telepatía. Tal vez, al llevar tantos años juntos, alcanzas ese grado de conexión, en la relación.

Tras unos segundos, asienten a la vez.

—Ya es hora de que conozcan la verdad.

—Sí, Henry, —añade Isabel—, tenemos que decírselo, aunque nos duela y no sepamos si nos odiarán por habérselo ocultado todo este tiempo.

—Gracias, chicas —continúa Henry—, por brindarnos la oportunidad de confesarles a Jane y a Alex sus verdaderas raíces.

—¿Qué raíces? ¿De qué estáis hablando? —interrumpe una voz por detrás.

Todos nos giramos al reconocer la voz de Alex, pero no estoy preparada para enfrentarme a él, no todavía. Este es el momento de Victoria. No es su momento, se cree el centro del mundo y que todo gira en torno a él.

No muestra ni pizca de arrepentimiento en sus ojos, llenos de furia, por habernos dejado a Elísabet y a mí tiradas con lo puesto.

—Bienvenido, a ti también —contesta Eli— ¿Cómo estás, Alex?, ¿todo bien?

—No me hace gracia tu tonito de voz tan sarcástico Elísabet. Me extraña verte aquí, te imaginaba ya en brazos de tu madre, contándola a moco tendido, que tu ex te ha dejado tirada en una ciudad que no conoces, con el único amparo de la protección de tu nueva amiguita.

—Me has decepcionado, Alex —responde Eli con calma—. Creía que eras más maduro, pero veo que la sensatez no va contigo. La verdad, no te reconozco. Una cosa es que te enfades por mantenerte apartado de todo lo que estábamos tramando Bea y yo para reconciliarte con tu familia, y otra, bien distinta, es que abandones a tu mejor amiga y a tu novia en el quinto pino sin ningún medio para volver.

—Yo no tengo novia ni amigas; lo dejasteis de ser cuando os metisteis en asuntos que no os conciernen.

—No me lo puedo creer, Alex —interviene Jane, visiblemente enojada—Yo no te he educado así, para que en uno de tus arrebatos dejes a tu familia en la estacada.

—Sé que no actué de la mejor manera —admite Alex—, pero no me marché. Me quedé un rato en el coche para que se me pasara el enfado, cuando volví al no verlas regresé a casa. ¿Qué querías que hiciese? Estaba enfadado y me sentía traicionado.

—Eso y marcharse es lo mismo —dice Henry.

—Podrían haberme llamado y habría vuelto con ellas. Pero claro, se lo estaban pasando de lujo sin mí, y encima planeando todo esto sin

consultarme siquiera.

Me tapo la cara con una mano.

—No, si encima vamos a tener la culpa de todo esto, nosotras...

—responde Eli a la defensiva.

Alex la mira con un atisbo de arrepentimiento, había obrado mal y lo sabe.

—Será mejor que nuestras rencillas las dejemos para más tarde

—intervengo antes que estos dos se lancen cuchillos y estropeen el

momento—. Ahora vamos a hablar de lo que nos concierne y por lo que hemos venido... hasta aquí...

Y justo en ese momento, porque la vida es así, un pañuelo, no hay que buscarle más sentido a las decisiones del karma. Llega la persona que faltaba y no venía especialmente contenta. Todos seguimos la mirada de Elísabet hacia Victoria.

La cosa se pone de lo más emocionante...

—Hola familia, no veáis que día llevo. Ayer, a eso del mediodía, antes de empezar con las comidas, se me cayó una caja en la cabeza cuando estaba en el almacén sacando una olla. Y antes de venir me he dado con un esquinazo de la ventana... ¡justo en el mismo lado! ¿Creéis en las casualidades? ¿O es el karma, que quiere castigarme? Ya no me puede pasar nada más hoy...

Todos, pese al enfado que tenemos, no podemos parar de reír.

—No sé dónde veis la gracia, ¿alguien me lo puede explicar? Porque a mí no me hace ni pizca de...

Victoria no puede terminar la frase, al ver el rostro envejecido del amor de su vida.

—Hola, Victoria —dice Peter—. Cuánto tiempo ha pasado... No has cambiado lo más mínimo. Te veo igual, solo con el pelo más rubio platino y alguna arruguita, no deberías de hacer enfadar tanto al karma.

Peter se le acerca y le da dos besos. Victoria se queda de piedra sin poder reaccionar. Cuando vuelve en sí, se sienta en el banquito de tres plazas, que hacía de balancín. A cada lado se dejan caer Alex y Jane, igual de

sorprendidos.

—No sé qué decir, la verdad —murmura Victoria—. No esperaba volver a verte en mi vida.

—Ni yo —responde Peter—, pero la vida quiso que estas jovencitas se cruzaran en mi camino y así poder contarte mi versión de la historia.

—No sé si quiero escucharla, la verdad. Han pasado tantos años, que abrir esa herida puede doler más que sanar.

—Ya que estoy aquí, déjame que te cuente lo que pasó, y si después de escucharlo no quieres saber nada más de mí, entonces no volverás a verme.

—Te escucharé, pero no te prometo nada más.

—Nunca te he olvidado ni he podido amar a otra mujer como te amé a ti. Solo quiero que sepas que te quería de verdad. Que mis sentimientos hacia ti eran auténticos. Cuando mis padres se enteraron de lo nuestro, intentaron alejarme de ti. Me mandaron a estudiar a Oxford y, antes de que regresara a mi hogar, ya tenían preparado un matrimonio concertado. Yo no pude elegir.

—Podías haberme elegido a mí —lo interrumpe Victoria—. Podías haber luchado por lo que sentíamos. Podíamos haber rehecho nuestras vidas lejos de aquí, formar una familia, sin depender de la tuya para mantenernos.

Peter se sienta en una de las mecedoras que hay en el porche, está destrozado por lo que pudo haber sido y no fue.

—Créeme, si hubiera tenido otra opción, te habría escogido a ti, sin dudarlo.

—Son palabras vacías —dice Victoria, dolida—. ¡Ni siquiera me buscaste!

Peter la mira a los ojos fijamente.

—¡Claro que te busqué! Si fui hasta New York con un par de dólares en el bolsillo. Busqué por todos los centros educativos donde enseñaban secundaria a mayores de dieciocho años. Mis padres me dijeron que te habías ido de la ciudad con una beca americana. Si dormí hasta en un parque, en pleno invierno.

Victoria lo mira con los ojos llorosos y hace el amago de levantarse, pero Peter se adelanta y se acerca a ella.

—No lo sabía —murmura Victoria—. ¿Que querías que pensara si te vi con una mujer rubia que lucía un anillo radiante?

Peter se tapa la cara con las dos manos y maldice. Victoria se levanta y le coge las manos, mirándolo a los ojos.

—Éramos muy jóvenes... pero si tú quieres, aún nos queda muchos años por delante. Podemos ser amigos, al menos.

Peter sonríe de medio lado, el gesto más característico de Alex. Sus ojos resplandecen.

—Claro que quiero. Si me das la oportunidad...

Se abrazan y se hace el silencio absoluto. Cuando se separan, Victoria coge a Peter del brazo y juntos se acercan a Jane y a Alex para presentárselos. Peter les da un par de besos y Jane lo abraza. Alex, en cambio, se mantiene frío y distante.

Eli y yo, decidimos irnos a la habitación para recoger sus cosas y dejarles intimidad. A Elísabet no le gusta nada la actitud tan fría y arrogante de Alex. Como ya la he cogido cariño, le planteo a Eli, pasar el verano juntas, viendo que será mil veces más divertido que aguantar todos los días a Alex, hasta que se le pasase el enfado monumental que tiene.



Nos despedimos de todo el mundo menos de Alex, que al vernos con las maletas, se imagina que nos marchamos a casa de Bea un par de días. Alex nos mira fríamente y se da la vuelta, sin dirigirnos ni una sola palabra. Está muy equivocado: nos marchamos, pero bien lejos de él, a Madrid.

Al ver la actitud de Alex, nos miramos, pero no estamos dispuestas a perseguirlo. Alex ha dejado muy claro que ya no somos sus amigas, así que no vamos a arrastrarnos tras él.

Jane, al despedirse, le dice a Elísabet:

—Dale tiempo. Está asimilando muchas cosas en muy poco tiempo.

Eli la mira, pero no dice nada, solo asiente con la cabeza.

Me da a mí que va a tener todo el tiempo del mundo. Eli pese a ser insegura, tiene mucho carácter.

Me despido de Jane con un par de besos y un fuerte abrazo. Por un lado, no quería marcharme y dejarlos así; pero, en el fondo, sé que necesitan tiempo en familia, para vivir todo aquello que les ha sido arrebatado.

Nos queda una buena caminata para llegar a la ciudad pero no nos importa. Peter se ofrece a pedirnos un taxi y acompañarnos en el viaje de vuelta a Oxford y pagarlo todo él. Pero ambas nos negamos. Él debe de pasar todo el tiempo que pueda con su nueva familia. Aun así, le agradecemos el gesto que tiene con nosotras con un beso, cada una en una mejilla, a la vez. Ese detalle, tendría que haber salido de Alex. Al llegar a la ciudad cogemos dos billetes de tren para Londres. Nos hospedamos en un "hotel" de dos estrellas durante tres noches y visitamos los lugares más famosos y recónditos de la ciudad.

Después de que Eli aprobara la selectividad, nuestros caminos se separaron, un año después de aquel verano inolvidable. Eli decidió quedarse en España y estudiar Magisterio. Alex, en cambio, renunció a su sueño de estudiar Medicina. Prefirió sacarse el título de piloto en Edimburgo. Yo decidí poner tierra de por medio, en este caso un océano y me piré a Nueva York. Sola, donde construí mi vida desde cero. Lo único que tenía claro es que quería hacer allí carrera como fotógrafa. Necesitaba cambiar de aires y conocer a gente nueva, gente que no supiera que me quedaban los días contados, al final fueron más años de los que predijeron los médicos. Seguía en contacto con ambos por videollamada, pero ellos no se dirigieron la palabra en años.

Cuando terminé mis estudios de fotografía, Alex y yo decidimos tomarnos un año sabático y viajamos de mochileros por el mundo. ¡Hasta nos hicimos un canal en yotube e instagram! Nunca pensé que aquel plan improvisado se convertiría en uno de los recuerdos más felices de mi vida.

Sin embargo, Alex y Eli no se volvieron a ver en años. Hasta que Eli no volvió a Newcastle Upon Tyne... con una invitación muy especial.

Quizá os estéis preguntando qué fue de mi vida… Me dijeron que solo me quedaban un par de días y, aun así, sigo aquí. He aprovechado muy bien el tiempo... ¿A que no sabéis que? Me he convertido en fotógrafa de bodas, y es que no hay nada mejor que plasmar la felicidad en pedacitos de papel.

Tengo que hablaros del reencuentro de Eli con Álex; solo así podréis entender lo que ocurrió durante los últimos años de mi existencia y cómo ese encuentro lo cambiaría todo.

Pero no os lo voy a contar todo en este libro. Me vais a matar, lo sé, ¡se avecina otro libro más!, que pondrá punto y final a esta trilogía. Y es que lo que pasó entre Eli y Alex tiene telita, y por eso necesito que otras personas involucradas en la historia os cuenten lo que pasó. Yo solo soltaré ¡el bombazo!

Os prometo que me estoy redimiendo, ya no quiero ser la malvada villana de la historia sino la hada madrina. Así que intentaré que esos dos tortolitos se vuelvan a enamorar con ayuda de Victoria.



Epílogo

Siete años después de la última vez que se vieron Eli y Alex…

17 de julio de 2016

Eli, tras siete años sin pisar la ciudad de Alex, decide asistir a la boda de Victoria y Peter. Se mantiene lo más distanciada posible de Alex, aunque no faltan las miraditas entre ambos durante toda la velada. Y es que hay miradas que dicen más que las palabras.

Después de la ceremonia, Eli está a punto de marcharse, pero Victoria la detiene. Charlan sobre cosas triviales: qué ha sido de sus vidas, lo guapa que está Victoria... Al despedirse con dos besos, Victoria la entrega un sobre. En su interior, Eli encuentra una nota:

Peter y yo queremos aprovechar el poco tiempo que nos queda para disfrutar de la vida, y me haría muy feliz que tú te quedases con la cafetería Atrévete a soñar.

Victoria

—Gracias, Victoria, por pensar en mí. Es un lugar con encanto y magia. Sería una pena que lo convirtieran en una franquicia. Me lo pensaré.

Al rato de despedirse de Eli, Alex se acerca a Victoria para felicitarla. Ella, que no ha perdido detalle alguno de cómo Alex no dejaba de mirar a Elísabet cuando ambas conversaban, le entrega otro sobre. Alex encuentra una nota:

Querido nieto (si me dejas que te llame así):

Me haría la mujer más feliz del mundo si aceptases ser mi socio en la cafetería Atrévete a soñar. *Tendrías el 50% del negocio. ¿Harías eso por mí?*

Victoria

Alex besa la mejilla de su abuela, con ternura.

—Haría eso y mucho más por ti, y lo sabes, abuela.

—Pues ya que estamos, ¿por qué no vas a hablar con Elísabet y os reconciliáis de una vez? Míranos a Peter y a mí. Eres joven, lucha por el amor antes de que sea demasiado tarde. ¿Crees que no me he dado cuenta de cómo miras a Elísabet? Se te nota en la mirada que sigues enamorado de ella. No tienes nada que perder: demuéstrale que la quieres.

—Gracias, abuela. Desde que la vi esta mañana en la ceremonia, pensaba hacerlo. De hecho, no he dormido en toda la noche pensando en si vendría a la boda. Ansiaba volver a verla.

Se despide rápidamente de Victoria, con un tierno beso y sigue los pasos de Elísabet. Al verla comienza a gritar su nombre, en repetidas ocasiones hasta que la alcanza.

—¡Eliii! ¡Para, por favor!

Elísabet se gira dispuesta a reprocharle siete años sin noticias suyas, pero al verlo sin aliento, inclinado hacia delante con las manos en las rodillas, es incapaz de reprocharle nada, en ese momento.

Cuando Alex recupera la compostura, Eli le suelta de golpe:

—¿Qué quieres de mí? Todos estos años sin noticias tuyas, me han dejado bien clarito que no quieres saber nada de mí.

—Sí que quería saber de ti, pero no me he atrevido durante este tiempo a decirte nada por miedo a que me rechazases, ya que me comporté como un completo imbécil.

—No perdías nada por intentarlo, al menos.

—Lo sé. Perdóname por haber sido un completo niñato. No te merecías cómo te traté en aquel viaje ni el día de la despedida.

Eli se gira, a lo lejos se oyen voces de niños.

—Me tengo que marchar, Alex. Me alegro de verte y de saber que te va bien. Dale recuerdos a Jane y a tus abuelos de mi parte cuando los veas.

Eli se da media vuelta sin mirar atrás. Alex permanece quieto durante un par de minutos, hasta perder de vista a Eli. Entonces se da cuenta de que esta es su última oportunidad. Corre tras ella, pero cuando la alcanza ya no está sola: tiene una niña en brazos y un niño abrazado a sus piernas diciendo "mami, vámonos".

Alex se queda helado, y Eli se da cuenta de su presencia.

—Te presento a Víctor, en honor a su padre, y a la pequeña Julieta, que lleva el nombre de su abuela.

—Encantado, yo soy Alex, un viejo amigo de vuestra madre.

Los niños lo observan en silencio, curiosos. Un hombre se acerca a Eli, tan sigilosamente, que nadie se da cuenta de su presencia hasta que la besa en los labios y coge al pequeño en brazos.

—Vamos, Alexander, ya es hora de cenar. Deberíais estar ya en la cama.

Eli al escuchar cómo llama a su hijo Alexander, mira rápidamente a Alex, preocupada. A él, no se le pasa desapercibido que el hijo de Eli, tenga su característica sonrisa de medio lado, y el mismo tono de ojos, color miel, e incluso tiene el pelo rizadito, como él cuando no se lo corta.

—Cariño, puedes llevarte a los niños al coche, enseguida estoy con vosotros. Quiero despedirme de un viejo amigo.

—Vale, pero no tardes mi amor.

Víctor los observa, intrigado por la manera en que Eli y a Alex se miran. Pero al mirar detenidamente a Alex, no tarda en atar cabos, y es que el parecido con el hijo de Eli, es muy evidente.

Sin mediar palabra, coge a su hija en brazos y se marcha de allí con el pequeño Víctor Alexander, el cual, no puede dejar de mirar hacia atrás con cada paso que da, observando a aquel extraño que habla con su madre.

—Sé lo que estás pensando Alex. ¿Cómo he sido capaz de ocultarte todos estos años que eres padre? Mi hijo podrá llamarse como tú, tener tus ojos color miel, tus rizos entre castaños y dorados, ese gesto que tanto te caracteriza. Pero, a pesar de todo ello, es más hijo de Víctor que tuyo.

Alex estuvo a punto de llorar.

—No puedo creerlo. Si me cortan las venas, no saldría ni una gota de sangre. ¿Cómo has sido capaz de ocultarme durante todo este tiempo que soy padre? Quiero conocerlo y formar parte de su vida.

—Y yo quiero que desaparezcas de mi vida. Víctor es el amor de mi vida y el padre de mis hijos. Tú dejaste de tener derecho a nada, en el momento que dijiste que ya no era tu novia, ni nada tuyo. ¿O ya no te acuerda? No voy a dejar que entres en mi vida y la destroces cuando por fin soy feliz. Y no gracias a ti precisamente. No te debo absolutamente nada. Así que hazme un favor: vete y no vuelvas a aparecer en mi vida.

Elísabet se aleja corriendo para que no la vea llorar. Y es que volverlo a ver, ha reavivado, en un segundo, todo lo que sentía por él. Pero el rencor nos ciega, a veces. Alex, sin embargo, se queda inmóvil, incapaz de articular palabra, en su mano todavía sostiene el sobre, apretándolo con todas sus fuerzas como si se fuera a desintegrarse. Ha perdido siete maravillosos años al lado de Elísabet, se ha perdido ver crecer a su hijo, pero nada le impedirá reconquistar a Elísabet y ver a su pequeño convertirse en hombre. Así que se limpia las lágrimas que empiezan a surcar por sus mejillas y pone rumbo al interior de la finca donde se está festejando una boda.

Entra en el recinto y no le cuesta mucho encontrar a Victoria y Peter. Duda si es un buen plan confesarles el día de su boda que la historia se vuelve a repetir dos generaciones después, pero la prioridad en su vida es: recuperar a Elísabet. Espera que la pareja recién casada termine de bailar y, cuando los ve acercarse a la barra para pedir unas copas, los aborda.

—Victoria, siento aguaros vuestro gran día, pero os necesito más que nunca. Acabo de hablar con Elísabet. Ambos sabéis que no he vuelto a salir con otra mujer, ni siquiera me lo he planteado durante estos años. Simplemente porque no podía sacarla de mi corazón y mi mente, y no he querido engañar a otra mujer diciéndola que la amaba solo para conseguir olvidar a Elísabet. Ahora más que nunca sé que es ella y no quiero perderla.

—Siéntate hijo y cuéntanos que te ha pasado con Elísabet, ¿por qué estás tan angustiado?

Alex lo suelta todo de golpe, sin medias tintas.

—Elísabet tiene dos hijos y uno es mío.

—¿Quéeeeee?

Victoria se tapa la cara con las dos manos y Peter apoya su mano en el hombro de ella.

—Será mejor que terminemos la fiesta y nos vayamos a un sitio más tranquilo para hablar de todo ello sin que nos interrumpan —dijo Peter.

—Yo conozco el lugar idóneo para ello. Nuestra cafetería.

—Os lo agradezco, pero podré esperar a que volváis de la luna de miel para resolverlo.

—¡Ah no, eso que te crees tú, hijo! ¡A mí no me dejas dos semanas con esta intriga!

—No perdamos más tiempo, voy a hablar con los invitados para despedirme y agradecerles que hayan venido a compartir este gran día con nosotros. Vosotros partir, nos reuniremos más tarde en la cafetería *Atrévete a soñar*.

Continuará...



Agradecimientos

Antes que nada, solo si te ha gustado mi historia, te agradecería enormemente que me dejaras una bonita reseña en Amazon. Y, si además te ha encantado y sueles reseñar libros en Instagram, sería un regalo para mí. Ser escritora autopublicada y llegar a los lectores no es fácil, pero con ese simple gesto me ayudas a seguir escribiendo historias.

En primer lugar, quiero dar las gracias a mi familia, a mi madre y a mi hermana, que lo son todo para mí, por estar a mi lado día tras día y permitirme dedicarme a corregir y promocionar libros en @librosonados. Sin vuestro apoyo, no lo habría conseguido.

A mis escritores, porque sin ellos no podría dedicarme a ofrecer servicios editoriales.

A mi club de Libros Soñados: a mis betas, por sus sabios consejos; a las chicas que están un viernes tras otro disfrutando de la lectura; y a cada una de ellas que ha dedicado su valioso tiempo a descubrir historias a mi lado. Gracias por darme alas y seguir persiguiendo este sueño juntas.
Os quiero mys ladys.